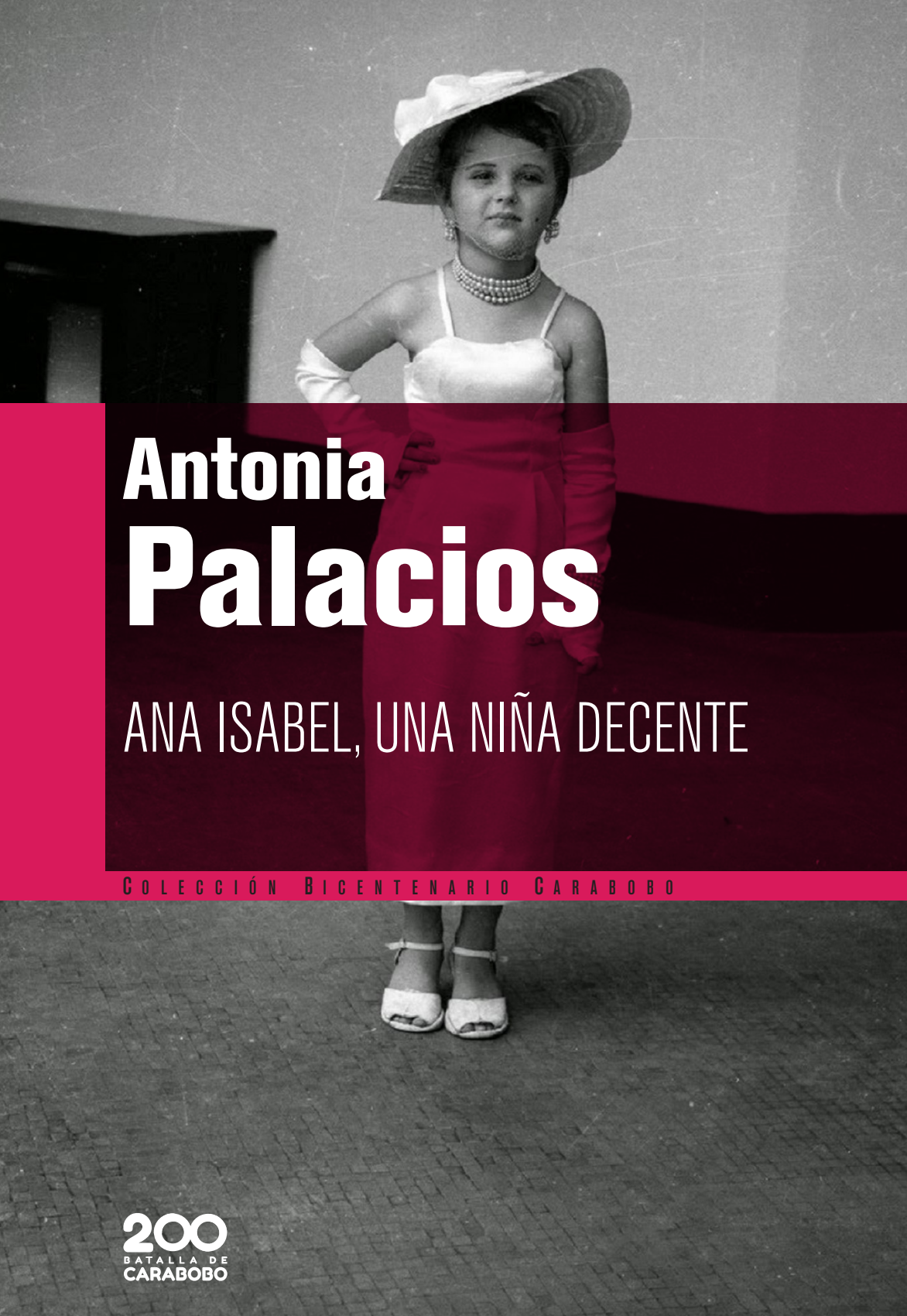




Antonia Palacios

ANA ISABEL, UNA NIÑA DECENTE

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

Antonia Palacios (1904-2001) Escritora y tallerista. Desde muy joven se vinculó con los intelectuales más importantes de la época. Luego de los eventos estudiantiles de 1928 dio inicio a un movimiento literario que denominó Grupo Cero de Teóricos, que tuvo como punto de reunión su propia casa. En la década de 1930 colaboró con el diario *Ahora*, también ocupó la secretaría de la Agrupación Cultural Femenina. Dirigió el Taller de Narrativa en el Celarg. A partir de 1978 acogió a una nueva generación de escritores que formarían el Taller Calicanto, el cual duró hasta 1985. Entre otras obras, publicó *Crónicas de las horas* (1964); *Textos del desalojo* (1973); *Largo viento de memorias* (1989) y *Ese oscuro animal del sueño* (1991).

« *Niña disfrazada en el Carnaval de Caracas.*

Autor no identificado, hacia 1950.

Archivo CNEH.



Ana Isabel, una niña decente

ANTONIA PALACIOS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Ana Isabel, una niña decente

ANTONIA PALACIOS



Índice

13	La placita de la Candelaria
17	Dos entierros
23	Domingo de Carnaval
31	El mapa de Venezuela
37	El cristofué
43	La confesión
51	El azafate de plata
59	Lejos una voz canta
65	La excursión
73	El venado
81	¿Quién mató a Mariposa?
91	La piñata
101	El delirio
107	Se murió el negrito Eusebio
115	El lagartijo
121	Ana Isabel se ha quedado al otro lado de la reja

Dedico:

*a mis hijos, Fernán y Mariantonia,
a Carlos Eduardo, sin cuyo estímulo la pequeña
y tímida Ana Isabel no hubiese echado
a andar por los caminos...*

A.P.

LA PLACITA DE LA CANDELARIA

Ana Isabel siempre ha vivido frente a una plaza. Esas plazas caraqueñas con su ambiente aldeano, rodeadas de casas, que se apretujan las unas contra las otras. Casas iguales, con aleros de tejas y ventanas con balaustres. Las ventanas están pintadas al óleo. La lluvia y el sol tuestan la pintura y Ana Isabel se entretiene en desconcharla para ver surgir su corazón de madera. Esas plazas caraqueñas invadidas por la hierba, con ceibas, con higuerotes, con bancos descalabrados, donde se sientan hombres marchitos y tristes. Con chiquillos que juegan al gárgaro malojo, al ladrón y policía o a las cuatro matas. Con estudiantes que madrugan y leen sus embrollados textos, a la luz amarilla del farol municipal.

La placita de la Candelaria, ¡todo un mundo en la vida de Ana Isabel!

La placita de la Candelaria tiene una iglesia. En la neblina de la madrugada y a las doce, cuando el sol cae perpendicular y la plaza desierta se agranda por la soledad, las campanas repican. De tarde son los bronces sonoros y broncos que llaman a la oración. Ana Isabel echa un vistazo hacia la ventana donde asoma el rostro de la señora Alcántara.

—¡Ana Isabel, entra, que ya son las seis!

Ana Isabel echa a correr como si no hubiese oído. Cruza la plazoleta que está frente a la iglesia y se dirige hacia lo que ella llama su escondite. El escondite de Ana Isabel es la callejuela que está detrás de la iglesia. Allí hace frío. La torre impide que

el sol penetre y caliente las piedras y la hierba crece raquítica. El alto muro hace de bóveda por lo angosto de la calle y el eco ensordece las voces. Ana Isabel se siente pequeña, pequeñita, ¡las paredes son tan altas! y se dice que es una gruta, una gruta guarida de ladrones como la de Alí Babá, o más bien una gruta donde habrá de llegar un hada con su varita mágica para transformarla en un palacio. Ana Isabel sabe vagamente que las hadas no existen o por lo menos que si existen no se ven nunca, pero conserva la esperanza de que haya alguna rezagada y surja un día, tan sólo para ella. Ana Isabel lo espera firmemente sin confesárselo a nadie.

Acostada sobre las piedras frías arranca la hierba menuda. Es una callejuela sin salida por la que casi nunca pasa nadie. A un lado, el largo paredón de la iglesia, con su puerta baja, por donde entra y sale el monaguillo. Ana Isabel le conoce y hasta habla con él casi todas las tardes. Llega con su franela sudada y sus pantalones deshilachados. Se llama Pepe y juega con otros chicos en la plaza, quienes a veces le tiran de la manga y le empujan, riéndose y llamándole:

—¡Monaguillo! ¡Monaguillo!

—No vale. ¡Suéltlenme que me van a hacé tumbá las velas!

Porque Pepe es quien lleva las velas y también el incensario, balanceándolo y golpeando con él a sus compañeros. Hasta se lo había prestado una tarde a Ana Isabel. ¡Y cómo le pareció de pesado al tratar de balancearlo sobre las piedras! Ana Isabel no se intimida con el monaguillo. A veces ha entrado a la iglesia con Estefanía y ganas le dan de reír al ver a Pepe, muy serio, vestido de rojo, con túnica de encajes. Pepe pasa junto a ella y le guiña un ojo. Lleva en la mano un platillo con muchos centavos y muchas lochas.

¿Para qué será ese dinero? Una mañana, durante la misa, Estefanía tuvo que hacerla salir, porque Ana Isabel no se sabía conducir en la iglesia. ¿Por qué ha de causarle tanta risa que el monaguillo diga: amén?

—¿El monaguillo, Estefanía?, ¡pero si es Pepe!

El señor cura es ya otra cosa. Éste sí la sobrecoje y hasta le da un poco de miedo. Además no le ha visto nunca entrar por la puerta de atrás con la franela sudada, ni jugar al gárgaro con los chicos de la plaza.

Frente al paredón de la iglesia hay un solar vacío donde el monte crece alto. Ana Isabel no ha entrado nunca allí pero se ha asomado por una hendidura entre dos ladrillos.

Al final de la calle está la casa de Francisco el zapatero. Francisco hace toda clase de remiendos y pone medias suelas y tapitas de tacón a los zapatos de todo el vecindario. La casa de Francisco es un casuchín pintado de azul. No tiene zaguán, la puerta está siempre abierta y puede verse a Francisco sentado en un taburete, trabajando, al mismo tiempo que canturrea. A su lado hay un montón de viejos zapatos. Zapatos torcidos, encorvados, sin botones, sin trenzas... Zapatos que «se están riendo solos» como dice el humor del pueblo de aquellos que llevan la suela despegada. Zapatos de pacotilla, comprados con dinero reunido centavo a centavo, que se estrenan los domingos para ir a la retreta o dar la vuelta en tranvía por El Paraíso y cuando están nuevos, los llevan cuerdas y cuerdas en la mano para no ensuciarlos... Zapatos que pisan piedras puntiagudas y se encharcan cuando llueve, cuando por las calles de tierra corre un agua negra, arrastrando latas vacías y cáscaras de plátanos. Las calles que están siempre llenas de chiquillos andrajosos, de mujeres mugrientas asomadas a las puertas. Los clientes de Francisco son gente muy pobre, pero que usa zapatos, al menos los domingos. Porque también hay quienes usan alpargatas y los que van siempre descalzos.

A veces, Francisco compone zapatos de señoras y la madre de Ana Isabel le mandó a tirar una media suela a sus zapatillas marrones que tenían dos años y aún servían.

Junto a las zapatillas de la señora Alcántara están los zapatos del carbonero, el mismo que tiene un chico llamado Perico y una chiquilla llamada Carmencita, y otros cuatro que «se le fueron pal cielo».

Carmencita llevó los zapatos de su padre y Ana Isabel la contempló con envidia desempeñando mandado tan importante. Es verdad que ella también llevó las zapatillas de la señora Alcántara, pero acompañada de Estefanía, mientras que Carmencita fue sola como una persona grande. Además, Carmencita no

tiene nunca quien la acompañe y no va a la escuela como Ana Isabel, ni siquiera conoce las letras; pero va a la pulpería y compra tres centavos de manteca y dos de papelón. Carmencita juega muy poco y Ana Isabel piensa que será por eso que está siempre triste, con su carita tiznada y dos trenzas, tan enredadas, como si nunca la hubiesen peinado. Pero sí la peinan, porque Ana Isabel la ha visto los domingos, muy alisada con aceite de coco y dos lazos rojos en las puntas de las trenzas, dando la mano a Perico que también va vestido de limpio y con alpargatas nuevas. Ana Isabel y Jaime los encuentran cuando van de visita donde sus primos los Izaguirre y Ana Isabel los sigue con los ojos hasta que se pierden de vista.

Ana Isabel preferiría irse con ellos a volar papagallos al cerrito de Sarriá, en lugar de ir a la casa de los Izaguirre, encontrarse con Josefina que sólo habla de sus vestidos y de las piñatas, donde a ella y a Jaime no los invitan, porque son pobres, según dice Josefina.

Francisco clavetea con la boca llena de tachuelas. Le está poniendo una tapita al tacón de los zapatos de Amelia. Amelia es quien carga agua y la sube hasta el cerro y la vende a una locha la lata.

—¡Esa gente del cerro es tan floja! —dice Amelia.

Viven allí, en lo alto, en aquellos ranchos, en los que de noche brilla una luz pequeñita, como si fuese un lucero más. Con el frío que hace en enero, acostados sobre la tierra dura y comiendo tan sólo guarapo y casabe.

Y es flaca, muy flaca, esa gente del cerro. Los chiquillos tienen la barriga grande y prensada como un tambor. ¡Pero son tan flojos! —dice Amelia.

Ana Isabel pega el oído a las piedras para sentir cómo vibran con los martillazos de Francisco. A veces hay grandes y largos silencios y Ana Isabel mira el cielo donde comienzan a brillar las estrellas. Las campanas repican.

—¡Ana Isabel! ¿Ónde estás? ¡Miren qu'esta niña gustále está siempre aquí metía. Tu mamá está ronca de gritá pa que te vengas pa dentro, niña!

La silueta de la vieja negra se recorta contra el cielo tibio de junio. Los grillos cantan en el solar vacío...

DOS ENTIERROS

Ana Isabel corre hacia la galería. Echa la aldaba a la puerta, cierra los postigos y la penumbra invade la estancia. Tirada en el suelo, con la cabeza entre los brazos y el rostro pegado al cemento, está llorando. Jaime la quiso consolar pero Ana Isabel, a todo gritar, corrió hacia la galería.

—Déjala mi hijito, que ella quiere estar sola. ¡Déjala!

Una nube negra y pesada oculta el sol. La trinitaria del patio adquiere un rojo sombrío. Los pececitos han dejado de girar y están todos unidos en un solo grupo, temblando bajo el agua. De la boca del Cupido de cemento se escapa un hilillo de agua que traza circunferencias sobre la tranquila superficie de la pila. En la casa de los Alcántara, en la penumbra de la galería Ana Isabel llora con un llanto suave, tenue, casi un susurro.

—Jaime, hermanito, ¡qué mala soy contigo!

¿Por qué será ella mala? ¿Por qué siente deseos de golpear, de morder? ¿Se parecerá a su padre? Ana Isabel se estremece. Si se parece a su padre, cuando sea grande será como él. Y será mala como lo es su padre. Aunque muchas veces es bueno y cariñoso con ellos, con Ana Isabel y Jaime.

—¡Ven aquí a pasear en este caballito, Ana Isabel!

De un salto, Ana Isabel trepa a las rodillas de su padre, y éste hace brincar las piernas mientras canta:

Cuando yo fui a los llanos
Orí, orí, orí, orión...
En mi caballito andón...

Sí, en esos momentos es bueno su padre y ella siente que le quiere y le echa al cuello sus bracitos flacos.

—Yo te quiero mucho papaíto...

Pero Ana Isabel esconde el rostro para impedir que su padre la bese. Su padre tiene un aliento fuerte y metálico y unos bigotes ásperos que la rasguñan.

Ana Isabel se pasa la mano por la cara. ¿Por qué le duele la cara? ¡Ah, sí! ¡La mano de su padre! Esa mano grande, huesuda, con enormes coyunturas. Ana Isabel se pasa la mano por la frente y siente la piel abultada. Tal vez ha sido con la sortija. La sortija de oro ancha y pesada, con el escudo de los Alcántara, que su padre lleva siempre consigo. ¿Cuántas veces Ana Isabel le habrá escuchado explicar el escudo de los Alcántara? Sin duda ha sido el escudo lo que la ha golpeado. ¡Golpea fuerte, el escudo de los Alcántara! Y Ana Isabel siente que una rabia sorda le seca las lágrimas. Una oscura rabia venida de lo hondo, de lo más hondo de sí misma. Contra su casa ¡la casa de los Alcántara! con sus próceres muy tiesos dentro de sus marcos carcomidos. Contra la serena y mansa resignación de su madre. Contra su padre... ¡Oh, su padre! Una rabia y un odio, un gran odio turbio e infantil...

—¡Me quiero morir! ¡Me quiero morir!

¿Cómo? ¿Morir? Sí, morir. Ésa será su mejor venganza. ¡Morir!

En la casa de los Alcántara habrá un silencio largo, tan largo, que podrá escucharse con toda claridad el gotear del agua sobre la tranquila superficie de la pila. Pasos apresurados atravesarán el patio y llegarán a la puerta de la galería.

—¡Ana Isabel! ¡Ana Isabel, abre!

Nadie responderá. Forzarán la puerta. Sobre el cemento caerá la aldaba con un golpe seco y su madre gritará:

—¡Está muerta! ¡Está muerta! ¡Dios mío!

Y llegará su padre temblando, con los ojos muy abiertos.

—¡Fue por mi culpa! —exclamará—. ¡La he matado! ¡Fue por mi culpa! ¡He sido yo quien la ha matado!

Y la casa se llenará de gritos y de llantos y nadie escuchará los sollozos de su hermanito que no quiere mirarla. La vieja negra, la vieja Estefanía, gritará, con voz ronca:

—¡Mi niña, mi niña! ¿Quién me la ha matao?

Y hasta Gregoria que no llora nunca, enjugará una lágrima con la punta del delantal.

Al oír los gritos, Vicente, el sirviente de la casa de al lado llegará corriendo, y Chucuto tras él. Chucuto la mirará con sus ojos tristes y le lamerá una mano, a ella, a Ana Isabel, que estará tendida inmóvil y fría sobre el cemento. ¡Y le harán un entierro muy hermoso! ¡Con un gran carro blanco! Los caballos estarán vestidos y sacudirán sobre sus cabezas grandes penachos de pluma. Hombres con trajes oscuros y botones dorados cargarán sobre sus espaldas pesados candelabros de plata. Las llamas de los cirios chisporroteantes alumbrarán un crucifijo de marfil. Y coronas, muchas coronas. Habrá tantas que hasta el cuarto de la tía Clara estará perfumado con nardos. Y cuántos landós...

Ocho, nueve, diez, once...

Once, como en el entierro de la hermana del Ministro, la señorita Ercilia. Ercilia Fajardo.

Ana Isabel la encontraba siempre camino de la iglesia, a la señorita Ercilia, con el negro cabello partido en dos bandós, lisos y simétricos, que asomaban entre los pliegues de la andaluza. La señorita Ercilia pasaba su vida en la iglesia y era mucho el dinero que daba al señor cura. Y era ella quien había regalado a la Virgen aquel traje todo de seda y piedras brillantes.

—Es una santa, una verdadera santa —decía el señor cura juntando las manos—. Una santa llanera...

Porque los Fajardo eran del llano y don Celestino, amigo del general. Don Celestino Fajardo, hermano de la señorita Ercilia.

—Sí, éstos no son nadie, Federico —comentaba la señora Alcántara—. Años atrás andaban descalzos y ahora hay que ver los humos que se gastan. No hay más que tener dinero y estar bien con el General...

Años atrás andaban descalzos por las tierras anchas. La señorita Ercilia no tenía esos bandós lisos y simétricos entre los pliegues de la andaluza, porque no llevaba andaluza bajo la brisa llanera, sino dos crenchas negras y pesadas que le caían hasta los hombros y, en veces, tenía prendida en ellas la llama de una flor colorada. Y tenía novio, la señorita Ercilia, un llanero como ella, flaco y garboso, que le cantaba coplas que se extendían sobre la ancha placidez del crepúsculo. Pero el novio había muerto de fiebre. Se muere siempre de fiebre en los llanos. La señorita Ercilia habíase puesto flaca y pálida. A don Celestino le nombraron Ministro y la familia regresó a la capital. En Caracas, Ercilia no salió más que a la iglesia, cada vez más flaca, cada vez más pálida. Las trenzas se deshicieron y en su lugar surgieron aquellos bandós lisos y simétricos...

Fue un entierro muy hermoso el de la hermana del Ministro. Ana Isabel lo había visto al regreso de la escuela. Las calles estaban llenas de gente y los policías no dejaban pasar a nadie hasta que no saliese el entierro. Al parecer, el General se encontraba entre los asistentes. Ana Isabel se había detenido junto al panadero que colocó su cesta en el suelo. Una mujer gritaba que la dejaran pasar que su hija estaba mal y moriría sin verla. Pero los policías formaban un cordón unido e inquebrantable. En la esquina, un chiquillo lloraba porque quería comer caramelos en palito. El caramelero ostentaba, en alto, el blanco vástago de maguey, todo erizado de caramelos rojos y amarillos, y las moscas se paraban golosas sobre ellos...

—Cállate m'hijo que yo no tengo centavos con qué comprá caramelos. Ven pa cargáte. Ven pa que veas el entierro.

—¡Mira m'hijo, ese montón de coronas!

—¡Cuántos landós! Ocho, nueve, diez, once...

¡Y qué casa más grande!

Ana Isabel la conocía aunque ella no era amiga de Cristina la hija del Ministro. Había estado allí acompañando a la prima de Cristina, Cecilia, quien iba en busca de unos trajes usados que ésta le prometiera. Cecilia entró sola, dejando la puerta entornada, y Ana Isabel se asomó para mirar la casa. ¡Qué casa más grande! ¡Toda de mosaicos! Hasta en el patio, en lugar de plantas, había mosaicos. ¡Ni una mata de guayaba, ni de malagueta, ni una flor, ni siquiera una mata de corazón floreado! ¡Y es tan rico el Ministro! Ana Isabel piensa en lo que escucha repetir con frecuencia a su padre.

—Ése es un ladrón, Ana, un ladrón y un pillo. Un solemne pillo.

—¡Jesús contigo, Federico! Para ti todo el mundo es ladrón, sólo los Alcántara te parecen honrados.

—¡No, señor! Te digo que es un pillo que ha hecho su fortuna robando sacos de cemento.

¿Sacos de cemento? Ana Isabel no comprende cómo se pueden robar sacos de cemento. ¿Dónde se ocultan? Es verdad que aquel patio es muy grande, pero triste y desnudo. Ni una pilita en el medio, ni helechos, ni una sola hoja verde... ¿Sacos de cemento? ¿Dónde los esconderá?

—¡Apártense, apártense, que va a salir el entierro!

Los policías empujaban a la gente y una mujer se resbaló volcando la cesta del panadero. Los panes rodaban por el suelo y los chiquillos se abalanzaban sobre ellos y echaban a correr.

¡Cuántos landós! Ocho, nueve, diez, once... Sí, once. Ana Isabel los había contado.

Un entierro como el de la hermana del Ministro... Porque Ana Isabel había visto también otro entierro.

Aquel día, las calles estaban solas. Cuatro hombres iban, rodeados de chiquillos, sosteniendo una caja blanca y pequeña, pequeña como Ana Isabel. Los hombres eran flacos y de rostros sudorosos. Sobre la caja, amarradas con hilos, marchitábanse dos cayenas.

—¿Qué es eso? —había preguntado Ana Isabel.

—Un entierro.

—¿Un entierro sin coches ni coronas?

—Guá, niña, un entierro e' pobre...

Y luego Gregoria había añadido:

—A ése lo llevan pa Tierra e' Jugo. Lo mismito que a los reyes. Toíto er mundo va pa onde mismo, blancos y negros, ricos y pobres. Allá to'er mundo es iguá...

Ana Isabel se ha puesto a temblar. «Allá to'er mundo es iguá»...

Entonces ya no quiere morir. Si ha de volverse igual a Gregoria ya Ana Isabel no quiere morir. Ella no quiere parecerse a Gregoria, con esos ojos llorosos, enrojecidos por el humo, y con esas manos... ¡Oh, las manos de Gregoria! Con uñas saltadas y venas gruesotas y aquel dedo negro y cabezón, por culpa de un panadizo del tanto lavar... Si ha de parecerse a Gregoria ya Ana Isabel no quiere morir...

El sol se va alejando del patio, sube hasta los tejados rojos por las paredes en-caladas. El agua gotea lenta, monótona. En la casa de los Alcántara, invadida por el silencio, Ana Isabel se ha quedado dormida sobre el cemento frío, en la penumbra de la galería.

DOMINGO DE CARNAVAL

Ana Isabel pasa las manos por encima de la faldita roja con listas negras y estira el delantal pequeño y blanco. ¡Que le digan fea ahora!

La carita angulosa de Ana Isabel resplandece. Tiene las mejillas pintadas y le brillan los ojos. El pelo lacio recogido en lo alto de la cabeza con un gran lazo negro, porque Ana Isabel está disfrazada de aldeana, aldeana de Alsacia. ¡Que le digan fea ahora!

Ana Isabel se mira al espejo. Allí viene Jaime. Jaime parece un príncipe, con su pantalón de lanilla y su pechera de encajes. ¡Qué lindo, qué requetelindo, está su hermano! Ana Isabel siente que, de pronto, se le encoge el corazón... Pero ella no es fea. La familia Bermúdez no la ha visto disfrazada, por eso invitaron a la fiesta solamente a su hermano.

—Que nos manden al niño. Tan bello, tan dulce, el niño...

Pero la señora Alcántara no lo había enviado.

—¡Miren qué gente ésa tan rara, invitar a Jaime nada más!

Sin duda, la familia Bermúdez no la ha visto, disfrazada de alsaciana...

Ana Isabel se mira de nuevo al espejo y acomoda el lazo, en lo alto de la cabeza.

Hay baile en la placita de la Candelaria. Baile popular. La señora Alcántara ha recomendado a Estefanía, el tener mucho cuidado en no atravesar la plaza.

—Esa gente del pueblo, Estefanía, es tan grosera, y pueden darle un empujón a los niños y estropear los disfraces.

¡Y cuántos esfuerzos representaban los disfraces! El traje de Ana Isabel había sido más fácil. Dos metros de raso de algodón rojo y unas hiladillas negras y ya estaba la falda. La blusa la había hecho la señora Alcántara con un vestido viejo de Ana Isabel. ¡Pero el lazo! Para el lazo la señora Alcántara viose precisada a derrochar sus economías. Era indispensable que éste fuera de cinta de falla, para que se mantuviese erguido, en lo alto de la cabeza. La señora Alcántara había cosido a la orilla un alambrito para sostenerlo así, tieso y erguido, en lo alto del pelo lacio y dorado de Ana Isabel. Suerte que para el de Jaime pudiese aprovechar el pantalón viejo de su sobrino Germán. ¿Y los encajes? ¡Qué hermosos encajes! ¿Acaso no eran los de la primera mantilla de Ana Isabel, la mantilla que le regalara la abuela? ¡Ah, los buenos tiempos! A la señora Alcántara se le han nublado los ojos al coserlos. Aquellos encajes estaban llenos de recuerdos para ella.

—Bueno pues, ya lo saben, mucho juicio y a hacer caso a Estefanía.

—Sí, mamaíta...

—La bendición, mamaíta, la bendición, papá...

Domingo de Carnaval.

—Un momentico nada más, Estefanía. Solamente un momentico...

—Jesús con esta niña, siempre me hace hacer lo que no debo...

Y ya está la vieja Estefanía atravesando la plaza con Ana Isabel y Jaime.

¡Cómo está de engalanada la placita de la Candelaria! Ana Isabel casi no la reconoce. Toda trenzada, de tiras de papel de seda de mil colores, rojo, verde, azul, amarillo... ¡Y cuántas ventas! Aquí, la venta de arepitas, tan esponjadas, que fríe la negra Domitila, la misma que lleva el pan de arepa todos los días a su casa. La negra Domitila está pintada y cubierta de collares dorados y rojos. Dos grandes argollas penden de las orejas de la negra Domitila que ríe, con sus blancos dientes, junto al caldero humeante...

—Yo quiero una arepita, Estefanía...

—Niña déjese de tonteras. Acuérdense de lo que dijo su mamá... ¡Anden más ligero y no se paren tanto, que no vamos a acabá nunca de atravesá la dichosa plaza!

Pero, la vieja Estefanía también detiene el paso. ¡Cómo recuerda su juventud la vieja Estefanía cuando movía las carnes, las carnes duras y negras, sin salirse de un ladrillo, la negra Estefanía! ¡Ah, negra! ¡Ah negra más salá!

Allí está la venta de guarapo fuerte y más allá la de carato con sus botellas tapadas con un cogollo de naranja. Ana Isabel quisiera tomar carato, en el pico de la botella, como hacen todos los que se encuentran alrededor de la venta, pero no se atreve a pedirselo a Estefanía.

Junto a la estatua está la música tocando un vals. ¿Qué vals? El vals de Eva.

—Tarín, tarín, tarán, tarán.

¿Adónde van Ana Isabel y Jaime? A la casa de sus primos los Izaguirre a ver pasar la carrera...

¡Qué lástima que ella sea gente decente, Ana Isabel! Allí en la plaza hay también niños, pero niños que no son decentes...

A Ana Isabel no le gustan sus primos los Izaguirre. Josefina no juega por temor a ensuciarse, o estropear su vestido. Sólo le gusta jugar a las muñecas. Es cierto que tiene una casa de muñecas grandota que Ana Isabel mira con envidia, pero no le gusta correr y saltar como a Ana Isabel, ¡ni subirse al tejado, ni monear hasta el copito de las matas de mango!... ¿Y Luis? Ana Isabel le tiene miedo a su primo Luis, porque siempre le dice al oído cosas malas. Sin embargo, Ana Isabel siente unos terribles deseos de escuchar esas cosas malas, pero le da temor, porque Dios la puede castigar.

—¡Ana Isabel, mira la burriquita! ¡Allá está la burriquita bailando, vamos a verla! —y Jaime se cuelga del brazo de su hermana.

—Jesú con estos niños que no se destán quietos...

Pero la vieja Estefanía mueve la cabeza sin convicción. Sus pies están inmóviles sobre el cemento de la plaza y es toda ojos para la ancha falda a faralaos, la cabeza de burro adornada con rosas de papel, las maracas que se agitan y el cantador que canta.

A Ana Isabel le da un poco de miedo la burriquita. Mientras está bailando todo marcha bien. Contempla la cabeza de burro, que marca el compás, y escucha las maracas, que producen culebritas de alegría por todo el cuerpo. Pero, cuando acaba el baile, la burriquita se carraspea con voz ronca y levanta la falda mostrando los pies, unos pies de hombre, grandes y sucios, unos pies con alpargatas rotas...

En la plaza, la música ensordece, las parejas se apretujan, y Ana Isabel y Jaime, agarrados a la falda de la vieja Estefanía, no pueden continuar su camino, detenidos por una marea humana, que baila chasqueando los pies.

Un olor acre, un olor a cebolla y a sudor, un tufo de aguardiente. Un olor a aceite de coco, a perfume barato, a alpargatas sucias, se desprende de las parejas que se mueven y se aprietan. De la venta de arepitas se escapa un vaho de manteca hirviendo y el olor de grasa ordinaria se mezcla al acre y fuerte olor de la multitud que baila.

A Ana Isabel no le gusta ese olor. Se siente mareada...

Ya no desea quedarse en la plaza, con los niños que ha visto pasar disfrazados. Ahora, prefiere irse a la casa de sus primos los Izaguirre, a ver pasar la carrera.

—¡Mira a Pepe, Ana Isabel! ¡Allí está Pepe!

¡Pepe! ¿Y cómo no había reconocido a Pepe el monaguillo? Está disfrazado de apache, con un pañuelo rojo alrededor del cuello y unos bigotes de carbón sobre los gruesos labios.

—¡Mira, Ana Isabel, y Vicente también!

Vicente, bamboleándole sobre la cabeza un par de cuernos rojos. Vicente con el rostro pintarrajeado disfrazado de diablo. No ha visto a Ana Isabel ni a Jaime. Está bailando con un dominó. El brazo de Vicente ciñe las caderas del dominó, se hunde en la curva, y el brazo aprieta, aprieta...

—¡Jipa, mi negra! ¡Jipaaa!

Ana Isabel nunca lo ha visto así. Vicente siempre tan serio...

—Adiós Estefanía, adiós negra...

—¡Guá, miren a Nemesio, qué bailaó!

Ana Isabel tampoco ha reconocido a Nemesio el panadero.

¡Qué bailador! Desde el sábado le bailan los pies a Nemesio.

—A la señora que deje todo el pan porque no vuelvo hasta el lunes.

Y lo mismo han dicho todos: el lechero, el carbonero, el carnicero...

Todos han dicho lo mismo.

Todos. Aquellos que van doblados bajo el peso de los fardos. Los que se levantan de madrugada, tiritando de frío y apenas dos buches de guarapo en el estómago. Los que trabajan con las manos, con los pies, con las espaldas curvadas. Los que trabajan con las manos. Manos que tienen callos y ampollas. Manos con uñas partidas, uñas saltadas. Manos por las que pasa el pan, la leche, los carbones y la carne y el queso. Manos que muelen. Manos que pilan. Manos que cortan los árboles y sierran la madera. Manos que trabajan la tierra y fabrican las casas, las plazas, las escuelas...

Y allí están todos, en esa tarde de domingo de Carnaval, con sus rostros embadurnados, sus pañuelos de color, sus brazos tatuados. ¡Allí están con sus collares, sus gorros, sus baratijas! Con sus risas y sus gritos...

—¡Jiipaa! ¡Jipa mi negra! ¡Qué negra más salá!

Están allí, en ese domingo de Carnaval, olvidando sus ranchos de tierra, sus trapos malolientes, sus carnes marchitas...

Los chicos del carbonero, Perico y Carmencita, se quieren subir al palo ensebado. ¡Qué lustroso y qué alto! Arriba, en la punta, le han puesto un fuerte. ¡Un fuerte! A ver quién monea mejor... Pero el carbonero no se ocupa de los chicos hoy. Carmencita está disfrazada de flor, con un traje hecho de papel de seda rosado y verde. Y Perico tiene una gorguera y va disfrazado de payaso. Pero el carbonero no se cuida de los chicos hoy... Está bailando y le brillan los ojos, mientras ríe, una risa con tufo...

A Carmencita le han dado un empujón y se ha echado a llorar. Perico la toma de la mano y la lleva frente a la venta de arepitas. Ya Domitila le ha dado una, dorada y abombadita, y los ojos ríen entre las gruesas lágrimas.

—¡Allá va Amelia!

—¡Adiós, Amelia!

—¡Olé por la española!

—¡Guá, miren a la catira!...

—¡Cuidado si te quiebras, niña!

La música suena sin tregua. Repiquetea por las piernas, por las caderas. Las caderas que se cimbran, se mecen. Repiquetea por los pies. Los pies que se agitan, se arrastran, los pies que escobillean porque están tocando un joropo. Los cuerpos sudan, se aprietan los unos contra los otros, se alejan, giran con los brazos levantados y se reúnen de nuevo, entre gritos y chasquidos. El olor fuerte y acre de la multitud, sube, sube hasta los gallitos floreados, hasta la torre de la iglesia con sus campanas mudas, el fuerte y acre olor del pueblo...

—Mire, niño, ¿ónde está Ana Isabel?

—¡Ana Isabel!

—Sí, ahorita mismo taba aquí... ¿Ónde está?

—¡Ana Isabel! ¡Ana Isabel!

Ana Isabel no escucha los gritos de Jaime, ni los alaridos de la vieja negra. El pueblo que gira, danza, suda, canta, ríe, grita... ¡Jiipaa! ¡Jipaa mi negra! ¡Qué negra más salá! El pueblo la lleva, la zarandea, la aprieta. Y allá va Ana Isabel, empujada, zarandeada, apretada, arrastrada por esa fuerza loca. Allí va Ana Isabel con su faldita roja y sus trencillas negras, con su delantal pequeño y blanco y el gran lazo en lo alto de su pelo dorado. Allí va Ana Isabel, menuda, perdida, entre la gran fuerza del pueblo. El olor acre la rodea, la cerca... Pero ya Ana Isabel no se siente mareada, cierra los ojos y se deja ir, empujada por la corriente que la arrastra no sabe dónde.

Casi no toca el suelo con los pies. ¿Estará soñando, Ana Isabel? ¿Se estará contando historias? ¡Las historias que se narra por las noches a sí misma, en su camita muy tibia, junto a la almohada tan blanda! ¿Pero dónde está el hada? ¿Y la varita mágica? ¿Y el príncipe? ¿El príncipe encantador que ha de llevarla muy alto, a través de las nubes, en su caballo con alas?

Y la gran fuerza crece, crece y envuelve cada vez más a la pequeña Isabel. Pero no tiene miedo Ana Isabel...

¿Por qué no tiene miedo?

—Esa gente del pueblo, es tan grosera...

Y suena muy lejos la voz de su madre. Y está muy lejos su casa, el patio asoleado, la sopera humeante y su cama tan blanda...

EL MAPA DE VENEZUELA

Luisa Figueroa, Esperanza Caldera, Justina Ferbau, Cecilia Guillén, Ana Isabel Alcántara...

—Y ahora —dice la señorita— a copiar la lista de lo que se necesita para los trajes. Hay que tener cuidado al escoger el material, para que sea de la mejor calidad. No olviden que, junto con ustedes, hará también la Primera Comunión un grupo del Colegio de las Hermanas y nuestros trajes no deben ser inferiores. A ver, escriban: batista de hilo, cuatro metros...

A medida que dicta, la señorita se balancea suavemente sobre la silla, y golpea la mesa con una regla. Cuando habla mucho, la señorita enronquece y los ojos, unos ojos húmedos y hundidos, le brillan como si tuviera fiebre. Es flaca y un tanto encorvada. Tiene la piel seca, y al enfadarse, una mancha rosácea le invade el cuello.

Son las diez y media. A las once finalizan las clases. En el salón las niñas escriben apresuradas. Es un salón claro y espacioso. En el centro una puerta que da hacia el patio y al extremo un pasillo donde se encuentra la escalera que conduce al lavadero. El piso es de madera y retumba con las pisadas de las niñas. Los pupitres están pintados de oscuro. Viejos pupitres, llenos de heridas y contusiones, con huellas de cortaplumas, con astillas desprendidas y grandes manchas de tinta. A cada lado de la pared, los colgadores llenos de gorras y sombreros de piqué.

—Encajes *valenciennes*, dos piezas. La corona hay que comprarla en la Compañía Francesa, que las acaba de recibir de París...

La señorita dicta con una voz sin matices, como si cada palabra la hubiese aprendido de memoria, mientras continúa balanceándose suavemente sobre la silla.

Luisa Figueroa moja el lápiz en saliva cada vez que escribe una palabra. Tiene la misma edad que Ana Isabel, pero ésta es más pequeña y menuda. Luisa Figueroa no habla casi nunca con Ana Isabel y siempre la mira con aire de compasión. Un día, Ana Isabel la encontró en el corredor abrazada a Esperanza Caldera. Ambas hablaban en voz baja y reían al mirarla. Al acercarse, Ana Isabel pudo escuchar el nombre de su padre. ¿Qué tenían que hablar de su padre, y por qué reían?

A un lado de Ana Isabel se encuentra Cecilia Guillén y al otro Justina Ferbau. Justina Ferbau es catalana y su madre tiene peluquería y una venta de «cosas lindas», como dice Cecilia. Madrices a Marrón hay una gran vidriera con letras doradas: «Madame Ferbau». En la vitrina están siempre expuestos peinados de señora, con sus rizos parejos, acabados de hacer. Pero los ojos de Ana Isabel se iban tras otra cosa. ¡Aquel cinturón de patente rojo con un reloj pintado que marcaba siempre las cuatro y media! Los había blancos, verdes, amarillos. El de Justina era blanco, y Ana Isabel había pasado la mano suavemente sobre aquel reloj pintado que marcaba siempre las cuatro y media. ¡Pero el rojo! Ana Isabel aplastaba la nariz contra los cristales al contemplarlo...

Nunca había estado de visita Ana Isabel en casa de Justina.

—¡Una catalana! —exclamó la señora Alcántara—. ¡Quién sabe qué clase de gente será ésa!...

—¡Pero si no son negros, mamá!

No era negra Justina. Tenía la piel blanca y sonrosada. El pelo dorado le caía en bucles hasta los hombros, los ojos azules, las manos regordetas y llenas de hoyuelos.

—Pero mejor será que no tengas amistad con esa gente. ¡Quién sabe qué clase de gente será!...

Así pues, nunca había estado de visita en casa de Justina. Pero varias veces penetró al interior de la casa en busca de cuadernos que Justina le ofreciera y habíase asomado al salón cuyas vidrieras daban a la calle.

Cintas, gorras, vestidos de bebé, flores de tela. Adormideras y rosas de tonos desvaídos.

La señora Ferbau estaba siempre detrás del mostrador, con el cabello peinado hacia arriba y un espeso moño en medio de la cabeza. Usaba corsé, blancas blusas de muselina y falda de lana gris. Ella misma hacía de vendedora y apuntaba en un grueso libro, las cuentas del día.

El señor Ferbau constituía la envidia de Ana Isabel. Justina contaba de él fabulosas historias de viajes y tempestades en alta mar, cuando los brazos de su padre la levantaban en alto mientras las olas barrían la cubierta. Tenía los ojos azules como los de Justina y el pelo y el bigote negros. Un día, Ana Isabel pudo verlo, levantando entre los brazos a Justina, tanto, que aquélla alcanzó a tocar con la punta de los dedos la bombilla que colgaba del techo, en medio del salón, rodeada de un platillo de porcelana. Ana Isabel deseaba que hiciese lo mismo con ella para cerrar los ojos y soñar que era el mar y sentir las olas barriendo la cubierta...

—Escriban más rápido, niñas, que van a ser las once. Botones de nácar, dos docenas...

Es miércoles, y clase de Geografía. La señorita ha robado media hora a la clase para que las niñas copien la lista. El mapa de Venezuela se extiende sobre la pared encalada, desplegando sus islas, sus aguas, sus colores. Allí está la mancha verde del estado Monagas, y aquella salmón, el estado Guárico y el azul pequeño, cercado de grises, el lago de Valencia y en lo alto el de Maracaibo, Mara-caibó, gritaban los indios. Las montañas amarillas suben hacia las cumbres nevadas. Las negras líneas de los ríos se entrecruzan. Corren el Orinoco, el Meta, el Motatán, el Apure, el Caroní, en relámpagos de plata. Riegan las

tierras anchas y permanecen unos rezagados entre maizales y otros en hondas, oscuras voces, precipítanse hacia el mar. Se agranda el azul allí, se extiende, se desparrama, limitando las tierras venezolanas. Rompe el Caribe contra las piedras rocosas, contra tibias arenas de inseparadas mansedumbres. ¡El mapa de Venezuela! Ana Isabel lo contempla. ¡Cuántas veces ha acariciado con sus manos, líneas, sombras, colores! Aquí una curva morena, allí una hondonada, de pronto montes, puntas que penetran en las aguas, audaces y ariscas. Sabe de memoria sus nombres. Choroní, tierra salada de los cocales. Barlovento, negra tierra de negros y de cacao. Santa Lucía, donde la brisa hace gemir las cañas. Ortiz, desolado, vacío... ¿Y si marchásemos tierra adentro? ¿Quién conoce los mil caminos del llano? Cuántas veces, con su dedo pequeño Ana Isabel ha recorrido la vasta costa venezolana. Desde el Golfo de Paria, desde Cristóbal Colón hacia Río Caribe, y la delgada estela de tierra que se hunde en el mar: Manicuare. Hacia la derecha Cumaná, Barcelona, Boca de Uchire. Y si salta al extremo, Punta Cumarebo, arriba la medusa de Paraguaná, y este amarillo caído sobre el azul Caribe, la Península de la Guajira. ¡Ancha costa venezolana, precedida por voz de mar, poblada de aliento de mar y salitrosos vientos entorbellinan sus arenas! Punta de Araya, ¡blanca de sol, blanca de sal! Chichiriviche. Tucacas, Tocuyo de la Costa... Y... el mar... ¡Siempre el mar! Sale, entra, canta, se agita, vibra, junto a la inmensa costa venezolana. ¿Cómo será el fondo del mar? Allí donde se extingue la luz y el frío de las aguas, sale al encuentro del frío del abismo. Entre peces, entre algas, entre verdes y rojos sumergidos, sumergido el árbol, la raíz, la espiga, sumergidos los cuerpos de los niños y mujeres que despeinan eternas cabelleras. ¿Qué luz, qué silencio, ¡oh gigantesco silencio!, se aquieta en el fondo del mar? Inmóviles los brazos, las piernas, y podrán mirarse desde lo hondo, las quillas de los barcos que surcan las aguas, arriba, donde los hombres hablan y gesticulan. ¡Penetrar al fondo del mar!

—Cecilia, ¿tú quisieras bajar al fondo del mar?

—¡Qué cosas tienes, Ana Isabel! ¿Al fondo del mar? ¿Y para qué?

—Para saber el color...

—¡Pero si tú no conoces el mar, Ana Isabel!

Es cierto, ella no conoce el mar, pero es fácil imaginarlo...

—¿Cómo es el mar, Cecilia?

Cecilia permanece un instante callada, dando vueltas entre sus dedos a un bucle de sus cabellos castaños.

—¿El mar? —dice, como si viniese de muy lejos—. ¿El mar? Es un cielo que se mueve...

¿Un cielo que se mueve? ¿Con nubes y con estrellas? ¡Un inmenso cielo azul que va de un lado a otro y cae sobre la tierra!

—Una vela de a cuatro reales...

—Yo no oigo, señorita —grita con voz chillona Esperanza Caldera.

—Una vela de a cuatro reales —repite paciente la señorita.

Cecilia Guillén susurra al oído de Ana Isabel:

—¿Cuatro reales para una vela? Mi mamá no va a querer dármelos. ¡Va a costar muy caro ese vestido!

El reloj de la escuela deja caer pesadamente once campanadas.

—¡Las once! ¡Son las once, señorita!

Los pupitres se cierran con estrépito. Las niñas se empujan las unas a las otras, tirándose por la punta del delantal.

—Déjame quieta. Le voy a decir a la señorita que me estás empujando.

—¡Cuándo no, acusona!

—¡Silencio, niñas, silencio!

—Hasta la tarde, señorita. ¡Hasta la tarde!

—Hasta la tarde.

El salón ha quedado desierto. La señorita, sentada junto a la mesa, contempla los pupitres, los bancos vacíos... Oscuras y encrespadas nubes colman el cielo. Un viento de lluvia golpea contra la ventana y levanta los bordes del mapa de Venezuela.

EL CRISTOFUÉ

—No mi hijita, no puedes hacer la Primera Comunión Solemne. Tú sabes que si pudiera te complacería, pero ese traje cuesta mucho dinero y nosotros somos muy pobres. No llores, Ana Isabel. ¿Por qué lloras? Harás la Primera Comunión privada. Te arreglaré tu traje blanco, el de las alforcitas, le pondremos un cuello nuevo y una banda de satén anchota con un gran lazo. ¿Te gusta? Ven acá, mi hijita... ¡Pero no llores, Ana Isabel! No hay que llorar así por un vestido. No te vayas. ¿Para dónde vas?

Ana Isabel ha echado a correr. ¡Irse! Quisiera irse. ¿Dónde? No lo sabe. ¡Irse! Irse lejos, muy lejos... Lejos de su casa. ¡La casa de los Alcántara! Irse por los campos, por los montes, por los ríos... Pero, ¿adónde puede irse ella, la pequeña Ana Isabel con su carita pálida y sus ojos años frágiles? No le caben en el pecho los deseos de evadirse, de partir no sabe dónde, de sentirse libre. ¿Libre? Pero ¿qué es lo que la tiene presa? Podría escaparse una noche mientras todo el mundo duerme. Una noche, cuando la ceiba de la placita está en sombras y se ve tan alta, que parece llegase hasta el cielo. Una noche sin luna cuando en los portales de las casas hay chiquillos andrajosos dormidos. Podría escaparse una noche, mientras todo el mundo duerme. Se iría por el camino de Gamboa, caminando. Caminando por la vereda blanca entre la noche oscura. Caminando... Se acostaría sobre la hierba a descansar.

Despertaría con el canto de las guacharacas y estiraría los brazos y las piernas y reiría muy fuerte al saberse libre y estar así, tendida sobre la hierba, en el camino de Gamboa.

¿Por qué no se va Ana Isabel una noche, una noche callada, mientras todo el mundo duerme?

Ana Isabel ha subido al tejado. Desde allí contempla las copas de los árboles de la plaza y los del corral de Otilia.

¡Quién pudiera vivir en lo alto de los árboles!

—Te arreglaré tu traje blanco, el de las alforcitas...

Ana Isabel no quiere llorar. Es cierto que ha trepado al tejado para llorar tranquila. Porque a ella no le gusta que la miren llorar. Sí, para eso está allí, para llorar hondo y sentir ¡cuán desgraciada es!

Pero no está llorando Ana Isabel. ¡Las hojas de los árboles son verdes! Hay un cristofué en el copo de la mata de guásimo con sus patitas finas y el pecho amarillo que brilla entre las ramas.

—¡Qué vanidad! —ha dicho tía Clara—. Llorar así por un vestido. ¡Una niña que va a ser la Desposada del Señor!

¿La Desposada del Señor? Ana Isabel no había pensado en eso. Soñaba con el velo y la corona de rosas —acabadas de traer de París al decir de la señorita—. Y el retrato, arrodillada sobre un reclinatorio con las manos juntas y los ojos levantados, como uno que viera expuesto en la vidriera de la «Fotografía Martínez». A ver si Luisa Figueroa y Esperanza Caldera se atreverían a llamarla fea después de mirar aquel retrato...

¡La Desposada del Señor! ¿Por qué la señorita no habló de eso?

—Hay que tener cuidado en escoger el material que ha de ser de la mejor calidad. Junto con ustedes harán la Primera Comuni3n un grupo del Colegio de las Hermanas...

La señorita no mencionó siquiera que iban a desposarse con el Señor. ¡Ah, no! Ana Isabel no quiere eso. ¿Es que no habrá de casarse? ¡Claro que sí! Pero será con un príncipe que tendrá un gran palacio todo de oro y mármol. Ella

será una Princesa y Luisa Figueroa y Esperanza Caldera, sus súbditas. Sí, se casará con un príncipe...

También podría casarse con un marinero. Ana Isabel no conoce el mar. Todas sus amigas han estado de temperamento en Macuto y Maiquetía, pero a ella nunca la han llevado.

—Imposible, mi hijita. Temperar es para los ricos. Los pobres estamos condenados a no movernos de aquí...

Pero Ana Isabel amaba el mar, como se aman las cosas con las que se sueña...

Sí, se casará con un marinero, como uno de aquellos que habían subido a Caracas de un vapor que estaba anclado en La Guaira. Con sus franelas a rayas blancas y azules y sus anchas espaldas. Es cierto que estaban sucias y sudadas las franelas, y los rostros de los marineros tristes y fatigados. Pero Ana Isabel no piensa sino en la brisa marina, en cómo habrán de ser las olas, ¡altas y verdes! tal vez...

¡La Desposada del Señor! Si ha de desposarse con el Señor, Ana Isabel no desea ya hacer su Primera Comunión.

—El Señor, que es tan bueno —repite de continuo la señorita.

Pero el Señor está siempre viendo todo cuanto hace Ana Isabel. Sus ojos están en todas partes y cuando se conduce mal, el Señor la castiga. Y es implacable, no perdona nada a nadie...

—El Señor, que es tan bueno...

Pero es el Señor quien ha enfermado a su padre y los ha hecho pobres, tanto, que ella ni siquiera conoce el mar. El mar, que es hechura del Señor... Sin embargo da dinero a los que roban, como don Celestino Fajardo, que roba sacos de cemento, mientras su padre, quien es más honrado que nadie, ¿acaso no pertenece a la familia más honrada de Venezuela? —¡calderones de oro sobre campo de azul!—, su padre, el doctor Alcántara, está siempre enfermo y lleva los zapatos rotos.

El Señor ha hecho el sol, la luna, las estrellas... y, toda la hermosa y triste Venezuela. Y chiquillos flacos y desnudos y Gregoria soplando junto al anafe, con los ojos llorosos y su dedo negro y cabezón...

—Los pobres son pa'aguantá. Sufrí y aguantá...

¿Para aguantar ha hecho el Señor los pobres? ¿Y por qué, Dios mío? Entonces, ¿por qué no roban, como don Celestino Fajardo y se compran una casa grandota, toda de mosaico y comen fresas con leche, según cuenta Cecilia, de Cristina, la hija del Ministro?

¿Por qué los pobres no roban?

Si los pobres robasen, se acabarían los pobres. Todo el mundo sería rico. Todo el mundo estaría contento y el Señor no castigaría a nadie, igual que a don Celestino, que vive tan feliz.

¡Cristofué! ¡Cristofué!

El cristofué se ha puesto a cantar. Está posado en una rama delgada y se balancea alegremente. Ana Isabel contempla sus ojillos redondos y su cabeza parda.

Si los pobres robasen, se acabarían los pobres. Todo el mundo tendría una casa grande. Perico y Carmencita no vivirían en ese cuartucho sucio y oscuro. Pepe, el monaguillo, no se acostaría sobre la tierra negra, en el rancho de San José del Ávila. Ella lo había visto, Ana Isabel, un día en que fue a volar papagallos... Pepe la hizo entrar a su casa. Ana Isabel buscaba la casa por todas partes y sólo miraba un trozo de tierra dura y pelada y una mujer que tosía sin descanso. Aquel día, la señora Alcántara reprendió a la vieja Estefanía, por haber permitido que Ana Isabel penetrase en ese rancho tan sucio.

—Esos ranchos, Estefanía, donde sólo se cogen enfermedades y malas mañas...

¡Si todo el mundo fuese rico! Si todo el mundo fuese rico, ella conocería el mar. Le comprarían el largo velo y la corona de rosas y todos los días, podría comerse un gran plato de fresas con leche...

¡Cristofué! ¡Cristofué!

Cuando el cristofué canta, seguro que va a llover. Pero el cielo está azul. Ni una sola nube negra. Ana Isabel se ha quitado los zapatos para marchar sobre las tejas sin romperlas. Quiere ver qué dice el tiempo por Petare. Petare está clarito. El cielo es de un azul desvaído, porque ya se oculta el sol.

Por encima de las tejas rojas pasa una brisa tibia, una brisa suave, que adormece los sueños.

Y Ana Isabel está soñando.

¡Si todo el mundo fuese rico, se acabarían los pobres!

Se acabarían los pobres...

LA CONFESIÓN

El salón está en penumbra. La señorita ha cerrado la ventana para impedir que penetre la lluvia. El chaguaramo del patio se cimbra con el viento y se empapa de lluvia, una lluvia espesa que cae en grandes gotas sobre la tierra.

Las niñas están en silencio. Es el primer día de retiro.

¡Primer día de retiro! ¡Cómo se había despertado Ana Isabel ese primer día de retiro! ¿Despertado? ¡Si casi no durmiera! Chucuto estuvo toda la noche ladrando tristemente y Ana Isabel con los ojos muy abiertos, temblando bajo las sábanas. Apenas cuando el sol comenzó a alumbrar, tímidamente, el patio, logró dormirse. Pero entonces la voz de su madre la sobresaltó.

—¡Ana Isabel, levántate que tienes que estar a las siete en el colegio! Hoy comienza el retiro, ¿no te acuerdas?

¡Que si se acordaba! Si toda la noche no había hecho otra cosa que pensar en ello. ¡Tres días! Tres días durante los cuales llegaría a las siete de la mañana al colegio y permanecería allí hasta las siete de la noche. Las manos de Ana Isabel se enfrían de emoción. En la clase de catecismo el padre Mayorca ha hablado mucho sobre el retiro.

—Tres días para recogerse, orar y estar en pleno contacto con el Señor.

Eso ha dicho el padre Mayorca. Ana Isabel tiene miedo de ese «contacto con el Señor» de que habla el padre Mayorca. Seguro que no se podrá hablar, ni cantar, ni reír...

—¡Levántate, Ana Isabel! Bueno, no te lo digo más, vas a llegar retardada. ¡Qué niña más desobediente!

—¿Desobediente?

—Desobedecer es pecado, pecado mortal, ha dicho el padre Mayorca.

¡Pecado mortal! Entonces tendrá que decírselo al padre... Y el terror que siente Ana Isabel por la confesión. A pesar de que la señorita ensayó a las niñas. Sentada en una silla baja había hecho de cura y arrodillado a Ana Isabel junto a ella.

—Di el «Yo pecador»...

—Yo pecador, me confieso a Dios... —y la vocecita delgada de Ana Isabel era casi un susurro.

—Ahora di tus pecados...

Pero, ¿necesitaba acaso decir esas cosas terribles a la señorita? No, Ana Isabel no puede. ¡Cuántas cosas malas ha pensado Ana Isabel de la señorita, cuántas veces le ha mentido! Y ¿para qué decir también lo que Justina le contara? Aquel secreto tan grande que Ana Isabel guarda muy adentro, desde el día que Justina le dijo que a los niños no los traían de París. Justina la hizo jurar que no lo diría a nadie, pero a nadie, a nadie, y Ana Isabel con los dedos en cruz había dicho gravemente: ¡Lo juro! Y los deseos que tiene siempre Ana Isabel de que Cecilia le cuente «cosas malas», y le hable de los besos que se da Amalia su hermana, con Pedro Ladera, el novio. ¿Tendrá que decir todo eso? Y... ¿también lo que le ha dicho su primo Luis? Ana Isabel se ha puesto a temblar. Lo que le ha dicho su primo Luis no lo dirá a nadie y mucho menos al padre Mayorca, cuando tenga que confesarse.

—Ocultar un pecado es el mayor de los pecados. Aquel que comulga ocultando un pecado comete un sacrilegio.

Ana Isabel no sabe muy bien qué es un sacrilegio, pero el padre Mayorca ha dicho que quien lo comete irá al infierno por toda una eternidad.

¡La eternidad! ¿Cómo será la eternidad? Serán días y días y más días, noches y más noches. Los árboles se marchitarán y nacerán otros árboles. Se

caerán las casas y fabricarán otras casas y nacerán otros pájaros y otras flores. Morirán todas sus amigas y vendrán otras niñas que harán también su Primera Comunión. Y serán otros cielos y otras estrellas... Chucuto habrá muerto, pero vendrá otro perrito que no se llamará tal vez Chucuto. Y no estarán allí Perico y Carmencita. El carbonero será otro carbonero y la placita de la Candelaria tendrá otra torre y otras campanas. ¡Pero el mar estará siempre allí! ¡El mar! Y las llamas estarán siempre allí, lamiendo los pies de Ana Isabel quien habrá ido al infierno por cometer un sacrilegio.

Ana Isabel empina la taza de café de un sorbo y arrastra a la vieja Estefanía que apenas puede seguirla. Ana Isabel corre por las calles de piedra, se detiene bruscamente y vuelve de nuevo a correr.

La mañana está fría. Una refulgente mañana de diciembre. En la esquina de Santa Bárbara venden naranjas a dos por un centavo y unos chiquillos las están comiendo y han tirado las cáscaras, que brillan desafiantes sobre las piedras de la calle.

Ana Isabel Alcántara va a hacer su Primera Comunión. No será la Comunión Solemne, no tendrá el largo velo, ni la corona de rosas. Su madre le arreglará el vestido blanco, el de las alforcitas. Ya le ha puesto un cuello nuevo y le va a comprar la banda. La Primera Comunión Solemne, la hará el año que viene. Su madre se lo ha prometido. Porque, al decir de la señorita, la Primera Comunión se puede hacer dos veces... Será tal vez para que las niñas como ella, puedan llevar sobre la frente el velo y la corona y luzcan hermosas, tan sólo por una vez. Las niñas pobres y feas, como lo es Ana Isabel. ¿Por qué será ella fea? Tiene los ojos muy grandes. ¡Pero son tan claros! y es ¡tan flaca y paliducha! ¿Por qué no será ella como su hermano? ¡Qué lindo es su hermano! Cuando salen juntos todo el mundo los detiene por las calles y la gente pregunta:

—¿De quién es ese niño? ¡Qué niño tan lindo!

Ana Isabel se endereza y se adelanta en espera de que le digan algo de ella también.

—¡Qué hermoso niño! ¡Dios lo guarde!

Y se enturbian los ojos de Ana Isabel... ¿Por qué no será ella como su hermano? Pero eso también es pecado, el desear ser tan linda como su hermano. La señorita ha dicho que eso se llama envidia y es el peor de los pecados.

Ana Isabel piensa en el pecado. Eso es pecado, aquello es pecado, todo es pecado. Y al confesarse tendrá que decir todos sus pecados al padre Mayorca, si quiere hacer su Primera Comunión.

La lluvia continúa cayendo con monótono rumor. En el salón penetra un perfume a tierra mojada, a deshojadas flores. La señorita desgrana su rosario, un rosario de cuentas negras y gruesas. Las niñas se arrodillan santiguándose y el salón se puebla de voces infantiles.

—Santa María, madre de Dios...

—Ora pro nobis, ora pro nobis...

La señorita dice las letanías.

—Reina de los ángeles, Estrella de la mañana.

Estrella de la mañana será aquella estrellita, casi azul, que Ana Isabel ha visto muy temprano, temblando entre nubes grises.

—Torre de marfil...

¡De marfil! Como los colmillos de los elefantes. Pero no tendrá campanas. Tendrá mil ventanitas, será como un encaje que subirá hasta el cielo y, al ocultarse el sol, se tornará rosada, como las flores de las amapolas...

—Ora pro nobis, ora pro nobis...

La señorita abre la ventana. La lluvia ha cesado y sólo caen sobre la tierra las gotas de agua que sacude el chaguaramo. La tierra hace «glu-glu» al chupar las gotas espesas.

Ana Isabel desearía quitarse los zapatos y correr con los pies desnudos sobre la tierra mojada. Ana Isabel ama el sol, pero ama también la lluvia, y cuando llueve, siente locos deseos de estar descalza, sin ropas, y correr desnuda bajo la lluvia. Tía Clara al escucharla, comentó severa que Ana Isabel tenía instintos de mujer mala, mujer de la calle. ¿Mujer de la calle? Será Trinidad la que vende

pandehornos o Domitila la que vende arepitas. Pero ni a Trinidad ni a Domitila nunca las ha visto Ana Isabel correr desnudas, bajo la lluvia. Tía Clara ha dicho que eso es pecado, un pecado contra el pudor, un pecado vergonzoso...

—No hay que amar al cuerpo —repite siempre tía Clara—, el cuerpo es castigo del alma.

Pero Ana Isabel ama su cuerpo. Ama sus brazos que levanta muy alto, sus piernas con que corre, sus ojos con que mira...

Y Ana Isabel ama sus manos. Por las tardes, cuando se acerca la noche y desde el patio contempla las estrellas, ella sola, solita, se besa las manos. Así habrá de hacerlo el príncipe, el príncipe que aguarda Ana Isabel...

—Ya se quitó la lluvia —dice la señorita—. Arréglense para ir a confesarse. A hacer su examen de conciencia.

Las niñas consultan un libro pequeño de pasta oscura. Siempre que lee ese libro Ana Isabel se siente mala, con tantos pecados que teme no poder recordarlos todos. En ese libro hay pecados que Ana Isabel no sabe lo que quieren decir. «No fornicar». Ana Isabel ha preguntado a la señorita, ésta se queda callada y luego dice que es un pecado que no pueden tener las niñas. Pero Ana Isabel tiene muchos pecados. Tiene el de la envidia, porque quiere ser linda. El pecado de la gula porque le encantan los manjares y cuando va a las piñatas, devora los albos merengues, los caramelos luminosos. La señorita dice que Ana Isabel tiene una naturaleza propensa al sensualismo que quién sabe dónde la conducirá. ¿Sensualismo? Ana Isabel ha buscado en el diccionario. «Sensualismo: propensión excesiva a los placeres de los sentidos». Los sentidos son cinco: ver, oler, oír, gustar y tocar. ¡Claro que ella es sensual! Si le place ver, verlo todo y oír y gustar, aun cuando peque de golosa. ¿Y oler? Si casi le da vértigos el perfume de las magnolias y de los nardos. Y siente el perfume recorrerle todo el cuerpo, ya lo tiene en la boca, ya en los ojos, ya en las manos...

Sin duda tendrá que acusarse con el padre Mayorca de ser sensual. De tener pecados vergonzosos. De amar su cuerpo, que es castigo del alma. Y también

de lo que le ha dicho su primo Luis. Tendrá que decirlo todo, todo, porque Ana Isabel no quiere condenarse.

Después de la lluvia ha salido el sol. Un sol amarillo, un claro sol dorado que se mira en las calles mojadas. Las calles por donde van las niñas de dos en dos, con sus andaluzas blancas y sus libros de pastas oscuras.

La iglesia tiene un vitral, donde un Jesús muy rubio predica ante un fondo de montañas azules. Dentro del confesionario está el padre Mayorca. Las niñas se empujan las unas a las otras, ninguna quiere ser la primera. Luisa Figueroa se adelanta, diciendo que a ella no le da temor el confesarse, porque ya lo ha hecho otras veces y siempre le han puesto una penitencia pequeñita, prueba de que no tiene pecados.

La señorita ordena silencio. Las niñas cruzan los brazos y se arrodillan en fila.

La quinta, Ana Isabel es la quinta. Después de Luisa Figueroa que ya está arrodillada junto al confesionario, viene Esperanza Caldera, luego Justina, después Cecilia y Ana Isabel.

—¡Dios mío, Dios mío, hazme buena, yo que soy mala! ¡Dios mío!, ¡hazme buena!

Ana Isabel aprieta las manos que tiene muy juntas cruzadas sobre el pecho.

—¡Hazme buena, yo que soy mala!

En el altar mayor brillan los cirios que tiene encendidos la Virgen de los Dolores. La Virgen que es la Bondad entre las Bondades. ¿Cómo pudo hacer la Virgen para ser siempre tan buena?

—¡Dios mío, hazme buena, hazme buena!

Por la calle un billeteiro pregona:

—¡El siete mil quinientos siete! ¡Me quedan cuatro! ¡El ocho pelao! ¡Lo llevo entero!

La voz resuena lejana, allí bajo la ancha bóveda, junto a los cirios derritiéndose quejumbrosos.

—Ahora te toca a ti...

Es Cecilia quien habla. Cecilia está pálida, con una sonrisa forzada.

—Anda, Ana Isabel, ahora te toca a ti...

Ana Isabel no sabe cómo llega junto al confesionario, ni cómo se arrodilla sin caerse.

—Di el «Yo pecador», hija...

La carita temblorosa de Ana Isabel está muy cerca de la reja y la reja tiene un olor metálico como el aliento de su padre. Pero es el aliento del padre Mayorca, que cae sobre el rostro de Ana Isabel, quien tira hacia atrás la cabeza, porque le da un poco de náuseas.

—Anda mi hijita, di el «Yo pecador»...

—Yo pecador me confieso a Dios... Y... desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos... No, no... Me confieso a Dios... Me confieso a Dios.

Por más esfuerzos que hace, Ana Isabel no puede recordar lo que sigue. Y si no repite el «Yo pecador», no le perdonarán los pecados.

—Me confieso a Dios...

—Di tus pecados, hija...

—Padre, es que... yo...

—Anda, di tus pecados que es muy tarde y faltan muchas más. Vamos, yo voy a ayudarte...

Y el padre Mayorca interroga a Ana Isabel. Pregunta muchas cosas y a todo contesta Ana Isabel afirmativamente, porque ella tiene todos los pecados que inquiere el padre Mayorca. Pero... ¡ah, no!... Ana Isabel no comprende lo que le pregunta ahora el padre Mayorca...

—Vamos hija, no te dé vergüenza el confesarlo. Hay que decirlo para que así te sea perdonado y lavado con las aguas del Santísimo Sacramento de la Confesión... Anda hija, un pequeño esfuerzo...

Los cirios continúan derritiéndose quejumbrosos. En la calle el billettero grita «el ocho pelao».

Tras la reja el padre Mayorca silabea y su aliento espeso, cae sobre el rostro de Ana Isabel.

—Anda hijita, no te dé vergüenza, que Dios es todo misericordioso con los pecadores...

¡El sacrilegio! ¡La eternidad! ¡Toda una eternidad!

Con las manos muy juntas, apretadas contra el pecho, Ana Isabel está llorando.

EL AZAFATE DE PLATA

Es día de retiro, Ana Isabel tiene que permanecer en el colegio igual que todas las niñas que harán la Primera Comunión. Ya están llegando las vianderas y los azafates. Ana Isabel mira hacia el patio, hacia la reja del zaguán, en espera de Estefanía. Cecilia va a almorzar en el salón de las pequeñas, con Justina y Esperanza Caldera. Luisa Figueroa, sola, en la mesa redonda de la señorita. Ya ha llegado su almuerzo. Un gran azafate que ha traído el jardinero, porque Luisa Figueroa es rica y vive en El Paraíso en una quinta con un gran jardín. Ana Isabel y Jaime lo han visto los domingos cuando van de paseo a dar la vuelta en tranvía por El Paraíso. Ana Isabel echa un vistazo a ver qué le han traído a Luisa Figueroa. ¡Pollo! ¡Luisa Figueroa va a comer pollo! ¡Y uvas! Uvas verdes, cristalinas. Y un gran vaso de leche. ¿Qué es aquello en una bandejita? Una cosa con crema... ¡Ay, qué rico debe ser! ¡Y qué servilletas! Blancas y bordadas...

Esperanza Caldera y Cecilia también tienen un rico almuerzo con pollo, frutas, dulces... Entonces ella no podrá almorzar con ninguna, porque es seguro le enviarán lo que comen en su casa: arroz, caraotas...

Comerá sola. Se irá al salón de las grandes que está desierto y allí nadie la verá y no se burlarán de ella...

—Ana Isabel, ¿todavía no ha llegado tu almuerzo? ¡Ven con nosotros que te estamos esperando!

Es Cecilia quien la llama. Cecilia quiere mucho a Ana Isabel y ella también quiere mucho a Cecilia. Un día, Cecilia lloraba porque se le había muerto un pajarito y Ana Isabel la había abrazado muy fuerte, a Cecilia, que tenía la cara tapada y no se dejaba ver por nadie...

¡Al fin ha llegado Estefanía con el almuerzo! Se lo han enviado en el azafate de plata. El del juego de café que en su casa no usan nunca y que guardan bajo llave en la vitrina del comedor. El juego de plata que Ana Isabel y Jaime admiran tanto. Un regalo de bodas del tío Marcelino. Marcelino Alcántara, tío de su padre.

Ana Isabel y Jaime no ven casi nunca al tío Marcelino. Tan sólo una vez al año, en Navidad. Es un gran día para ellos. Los visten con sus mejores trajes y Ana Isabel no hace otra cosa que pensar en el regalo que habrá de hacerles el tío Marcelino.

El tío Marcelino es un viejito seco y apergaminado, con gorra de seda y pantuflas de cuero. Tiene mucho dinero. Cuenta su padre que posee una hacienda de café y otra de cacao, tan grandes, que se tardan días y más días en recorrerlas. Pero no es simpático el tío Marcelino. Nunca les ha dicho un cariño.

—Ana Isabel, saluda al tío Marcelino...

Ana Isabel se queda rezagada junto a la puerta. El salón donde los recibe el tío Marcelino no le gusta a Ana Isabel. Las paredes están cubiertas de retratos pintados al óleo con grandes marcos dorados. Retratos de los Alcántara. Y tienen todos un aire duro y frío, los Alcántara, dentro de sus marcos dorados. Es una pieza cerrada. No tiene ventanas y no se puede mirar hacia el patio, ni siquiera un trocito de cielo. Un olor a naftalina, a sedas carcomidas, y el tío Marcelino sentado muy tieso sobre una poltrona tapizada en damasco rojo. Los demás muebles están revestidos con fundas de liencillo crudo, pero Ana Isabel sabe que son rojos, como la poltrona, porque el día del arbolito los desvisten y todo el mundo tiene derecho a sentarse sobre el damasco.

No tiene niños el tío Marcelino, ni esposa tampoco, porque no es casado. ¿Para qué tendrá tanto dinero? Cuenta su padre que ha gastado mucho en

viajes. Ha vivido largo tiempo en París y habla francés. Los primos Izaguirre le llaman «*grand oncle*», pero Ana Isabel y Jaime le dicen simplemente tío Marcelino. Al tío Marcelino no le gusta Venezuela ni a los Izaguirre tampoco. La señora Izaguirre suspira por irse a vivir a París. ¡*Les Champs Elysées!* ¡*Au Bon Marché!* ¡*Au Bon Marché!*, esa tienda tan grande que tiene tantos pisos y hasta un ascensor. De allí le trajeron a Josefina y a Luis aquellos trajes de lana azul con cuellos blancos...

El azafate de plata tiene en el centro un monograma: A.K. Alcántara, Krauss. Krauss con K, porque el abuelo de Ana Isabel era alemán.

El abuelito llevaba también gorra como el tío Marcelino, pero no se le parecía en nada. El abuelo Krauss quería mucho a Ana Isabel y a Jaime. Los días de lluvia se sentaba con ellos a la ventana y les hacía barquitos de papel. Por las calles de piedra corría el agua negra y espesa. El barquito se doblaba con las velas hinchadas y casi naufragaba entre papeles sucios y alpargatas rotas que la corriente arrastraba del cerro.

—Allá va el capitán Jaime y la goleta *Ana Isabel* bogando por el Rin...

Y el abuelito reía con sus ojos azules y su bigote rubio. El Rin era lo único que el abuelo Krauss evocaba de Alemania. El Rin con sus aguas tumultuosas y alegres. Porque él había nacido en Venezuela y allí trabajó la tierra. Ana Isabel escuchaba asombrada cuanto el abuelo narraba de la hacienda, donde hacía tanto frío y los árboles eran tan altos... De cómo se levantaba de madrugada y ya estaba con los peones tomando café, comiendo bizcocho de rodilla y queso blanco y duro. Porque en sus comidas el abuelo Krauss era más criollo que ningún mulato, que ningún negrito barloventeño. Le gustaban las carao-tas, la carne frita con cebolla y tomate, las hallaquitas y el café aguarapado. En la hacienda cantaba cantos venezolanos con voz pequeña y bien timbrada, acompañándose a la guitarra. Eran los buenos tiempos. El abuelo Krauss era un hombre fornido y alegre. En el corredor de la hacienda se tendía en el chinchorro rodeado de la familia y la peonada. Por las noches enseñaba a los hijos. Era una escuela nocturna. Después de la cena, que se servía a las seis, el

abuelo sacaba sus lápices y sus cuadernos y comenzaban las clases. Historia, Geografía, Aritmética, hasta francés y baile... ¡Tralalán! ¡Tralalán! ¡Dos vueltas a la derecha, dos a la izquierda! El abuelo Krauss cantaba «Sobre las olas» o «Adiós a Ocumare». A veces, en recuerdo del padre, entonaba muy quedo, románticos *lieds* que mezclaba con golpes tuyeros y corridos llaneros...

Pero los buenos tiempos pasaron pronto. Revivieron los tradicionales atropellos políticos venezolanos... El abuelo fue confinado a Curazao y perdió sus tierras. Cuando el abuelito evocaba para Ana Isabel su destierro, sus ojos se nublaban y hablaba de la isla con voz sorda. De los cielos estrellados, de las noches tibias de «Otra Banda». De las aguas tranquilas, donde se miran blancos barcos veleros y chiquillos negros se sumergen en busca de un chelín, que lanzan los turistas desde los transatlánticos. Allí también, como antes, habían vuelto a relucir sus olvidadas dotes de maestro y por las noches, de nuevo, enseñaba. Pero entonces eran los hijos de los «macambos» quienes repetían la cartilla y la historia de Federico el Grande. En las horas de la siesta, cuando en la isla parecía detenerse la vida. Cuando los ademanes eran lentos, torpes, y los cuerpos empapados en sudor se arrastraban en un último esfuerzo, don Juan Krauss, ganaba tres chelines afinando pianos. Sus ojos azules sonreían tristemente mientras acercaba el oído a las cuerdas. Luego, las manos del abuelito recorrían las teclas de los pianos afónicos, y en la isla negra y pesada de trópico, flotaban los acordes de los *lieds* románticos, los corridos llaneros...

Pero el abuelito había muerto.

El abuelito había muerto cuando Ana Isabel contaba apenas seis años. Aquel día ella le vio tendido en la cama con las manos juntas y un pañuelo blanco cubriéndole el rostro. ¿Por qué ese pañuelo blanco? ¿Por qué las manos tan juntas?

Ya no harán más barquitos de papel las manos del abuelito. Los días de lluvia, cuando la corriente arrastre del cerro papeles sucios y alpargatas rotas, ya no irán el capitán Jaime y la goleta *Ana Isabel* bogando por el Rin con las velas hinchadas.

De ver al abuelito tendido en la cama, Ana Isabel le ha cobrado un miedo terrible a la muerte. Por las noches, cruzando las manos sobre el pecho, lo mismo que el abuelo y cerrando los ojos se ha dicho: ¡Estoy muerta! Luego se ha puesto a temblar y ha gritado muy fuerte, tanto, que la señora Alcántara, acudiendo a los gritos, viose precisada a calmar a Ana Isabel que repetía:

—¡Estoy muerta! ¡Estoy muerta!

¿Por qué habrá que morir? Ana Isabel no ignora que se mueren los pájaros, y el burro del panadero se murió y tuvo éste que enganchar otro burro al carro del pan. Se mueren los perros. Bob el perro de Justina se murió. Lo enterraron en el corral al pie de la mata de guanábana... Se mueren las hormigas. Ana Isabel las mata, es decir, las mataba, porque ya no lo hace desde que supo que la muerte es quedarse quieta para siempre. En el patio de su casa hay muchas hormigas. Ana Isabel, tendida en el suelo, las observa largas horas. Las hormigas pasan en fila cargadas de briznas verdes y basuritas pardas. En veces, es tan grande la carga y las hormigas son tan pequeñas que no pueden con ella y Ana Isabel las ayuda. Cuando atraviesa el patio no marcha descuidada como antes, cuando ignoraba lo que era la muerte. Ahora pasa despacito, mirando al suelo, para no aplastar a las hormigas...

Se mueren los animales, pero también la gente. El abuelito había muerto. Y su madre, tendrá que morir y su padre y su hermanito Jaime y ella, Ana Isabel, también tendrá que morir... Y después que muera, ¿qué hará Ana Isabel? ¿dónde irá? Al abuelito lo encerraron en una caja negra que luego habían soldado. Ana Isabel se estuvo escuchando largo rato el zumbido del reverbero Primus que sonaba como un motor, como las locomotoras de los trenes que a ella le gustan tanto. Pero el ruido del Primus no le gustaba a Ana Isabel. Se escapó al corral para no oírlo pero todavía sonaba lejano, monótono y había tenido que taparse los oídos como cuando tiene miedo.

Ya en el corral Ana Isabel olvidó que estaban soldando la caja donde se hallaba el abuelito y que ya no le vería nunca más. El corral estaba tranquilo. Estefanía y

Gregoria se encontraban en el cuarto del abuelo con Jaime mirando las coronas. Estaba desierto el corral y parecía más grande. Eran cerca de las doce. El sol se había ocultado bruscamente. Ana Isabel echada en el suelo, bajo la mata de guásimo, mordisqueaba un guásimo negro y baboso y de pronto se había puesto a llorar, con unos sollozos muy fuertes, con el rostro pegado a la tierra. A llorar por el abuelito, por su madre, por su padre, por su hermanito Jaime, y por ella, por Ana Isabel, a llorar por todo el que tenía que morir...

El azafate de plata es grande y pesado y Estefanía rezonga porque Ana Isabel lo quiere llevar ella sola.

—Mire, niña si me tumba el azafate no me venga luego con brinquitos...

Al fin, entre las dos, lo habían llevado al salón de las grandes. El salón está solo. Ana Isabel coloca el azafate sobre la mesa donde se encuentran las reglas y los tinteros.

¡Ah! ¿Pero qué es esto que le han enviado? ¡Ella también tiene dulce, dulce de durazno! ¡Y una tortilla! ¡Y papas cubiertas!... ¿Será hoy día de fiesta en su casa? ¡Pero no es el santo de su madre ni el de su padre tampoco! Es el mes de diciembre. No es el santo de ninguno de su casa. Entonces, ¿por qué habrá fiesta? ¿Habrán hallado dinero de pronto? ¿Se habrán vuelto ricos mientras ella se encuentra en el retiro?

Estefanía espera en el zaguán. Ana Isabel arde en deseos de preguntarle. ¿Se habrán vuelto ricos? ¿Se habrán vuelto ricos! Si es así su madre no tendrá ya que trabajar y se comprará trajes como las madres de sus amigas y a Jaime le regalarán un velocípedo y a ella unos patines de municiones como los de Cecilia.

La señorita está almorzando. Puede llegarse en puntillas hasta el zaguán donde aguarda Estefanía, sin que nadie la mire. La vieja Estefanía está sentada en el quicio del zaguán. Está cantando bajito la vieja Estefanía.

Oscura q'está la noche
Y tenebroso el camino...
¡Ay, mi vida!
Y tenebroso el camino...

Canta tristemente mientras golpea el cemento con la mano.

Mas como te quiero tanto

A todo me determino

¡Ay, mi vida!

A todo me determino...

Si se han vuelto ricos Estefanía no parece contenta. Estefanía canta siempre que está triste. Hasta el día en que murió el abuelito Ana Isabel la escuchó cantar tan bajo, que tuvo que adivinar lo que cantaba... Pero... ¿Y ese almuerzo?

—Estefanía, ¿dónde han encontrado dinero en casa?

En el silencio del zaguán Ana Isabel se asusta de su propia voz.

—¿Dinero? ¡Guá, niña, qué dinero van a hallá! Ningún dinero. ¡Qué dinero va a habé!

—Y... ¿ese almuerzo?

—¿Qué almuerzo? Ese almuerzo es pa ti sola. Tu mamá que te frió esa tortilla y te compró ese medio de duraznos. Ese almuerzo es pa ti sola. Guá niña, ¿no ve qu'está en el retiro?

Ana Isabel no pregunta más. Caminando despacio regresa al salón. Estefanía modula sentada en el quicio del zaguán.

Oscura q'está la noche

Y tenebroso el camino

¡Ay, mi vida!

Y tenebroso el camino...

Sobre la mesa está el almuerzo de Ana Isabel, en el azafate de plata. La tortilla, el dulce de durazno en el platito redondo de cristal. Todo limpio y cuidado, cubierto con una servilleta también muy limpia y muy blanca.

Pero Ana Isabel no siente hambre. Tiene la boca seca y un nudo en la garganta. Se diría que va a llorar. Pero, ¿por qué ha de llorar Ana Isabel?

Se sienta y parte un pedacito de tortilla y comienza a masticarlo. Tiene los ojos nublados como si estuviese llorando. Pero ¿por qué ha de estar llorando Ana Isabel?

Desde el comedor de la señorita llega un ruido de sillas que se arrastran. En el salón de las pequeñas se escucha la risa fresca de Justina y la voz chillona de Esperanza Caldera.

—¡Chica, no te rías tan fuerte que eso es pecado!

LEJOS UNA VOZ CANTA

Ya Ana Isabel hizo su Primera Comunión. Desfiló con las otras compañeras por la nave central de la iglesia mientras la voz serena y grave de Carmen Otaño cantaba en el coro.

—«Aquí mi Dios tan grande y tan deseado, se ofrece a mí por la primera vez...»

El monaguillo, que no se llama Pepe, sino Roberto y es gordo, retaco y tiene catorce años, ha levantado varias veces el incensario y las niñas flotan envueltas en la magia impalpable del humo. El perfume del incienso rodea a Ana Isabel quien se siente feliz y triste al mismo tiempo, con una tristeza dulce que la hace suspirar. ¡Ahora no tiene deseos de saltar, de correr, de tenderse en la hierba mojada, de bañarse en el río, y treparse hasta el copo de las matas de mango!... Quisiera quedarse allí, envuelta en el humo azul, con deseos de no ser... De ser humo, llama, perfume...

Ya Ana Isabel ha hecho su Primera Comunión. El cuerpo del Señor tenía un sabor a pan, a pan tostadito, y Ana Isabel tiene miedo por haber sentido entre sus labios el cuerpo del Señor con sabor a pan tostadito... Pero los cantos, el incienso y las campanas, la embriagan.

—«Se ofrece a mí, se ofrece a mí, por la primera vez...»

La voz de Carmen Otaño aquietta, adormece... La voz tranquila que canta, las niñas vestidas de blanco con cirios delgados en las manos... Y los deseos

de quedarse allí para siempre. Deseos de no ser. De ser humo, llama, perfume...

Ya Ana Isabel ha hecho su Primera Comunión.

Nada ha cambiado.

En la plaza, los árboles despliegan como siempre su ramaje frondoso cobijando a los chicos que juegan a su sombra. Durante los meses de sequía la tierra se torna árida y la hierba apenas crece. Hojas secas invaden la plaza y se arremolinan con el viento junto a las raíces de la ceiba. Nubes de polvo se escapan de la tierra y enrojecen los ojos de los chiquillos que están mirando hacia arriba, hacia las copas de las marías. Cuando llueve, la hierba reverdece y sube alto. Es entonces cuando se puede jugar a «Los Moros». Se sientan en fila, cogidos de la mano, entre el gamelotal crecido.

—¡Que vienen los Moros!

—¡Ahí vienen!

—¡Que vienen los Moros!

—¿Qué nos hacemos?

—¡Caernos muertos!

Tumbados sobre la hierba con las cabezas muy juntas, mezclan el aliento y las risas contenidas. Arriba, junto al cielo límpido, pasan veloces las golondrinas. Algunas se posan en los alambres del tranvía.

Nada ha cambiado.

Transcurrieron los días, los meses. Está lejos aquel en que Ana Isabel hizo su Primera Comunión.

Se esperan tiempos mejores. ¿Se esperan? Los aguarda Ana Isabel, porque la señora Alcántara no se cansa de repetir que la vida será siempre así.

La señora Alcántara está continuamente triste. Dice «este país», «esta vida», con un tono definitivo de desesperación.

Ana Isabel piensa que deben existir otros países y otras vidas distintas donde las madres no estén tristes y no pasen los días haciendo cajetillas de cigarrillos y cosiendo ropa de soldados.

Las cajetillas de cigarrillos divierten a Ana Isabel cuando está lloviendo y ella y Jaime no pueden salir a jugar. Ambos se sientan muy serios a ayudar a su madre.

Las cajetillas son blancas con letras rojas «Cigarrillos La Favorita». En una lata de mantequilla vacía está el engrudo. Se unta el papel y se dobla sobre un taco de madera que luego se golpea contra la mesa.

Los primeros días a Ana Isabel le encantaba hacer cajetillas. Era como si aprendiese un nuevo juego.

—¡Cuida de que las letras estén al derecho, Ana Isabel! Ésas están al revés.

—¡Pon atención, niña! Pega primero la parte de adelante, luego la de atrás y por último las puntas de los lados.

—¿Ya ves? ¡Ya está!

¡Cómo se había divertido Ana Isabel! Hasta había hecho apuestas con Jaime al que terminara más cajetillas. Pero hay también días de sol, de cielo claro. Ana Isabel quiere jugar en la plaza, pero debe ayudar a su madre. Se sienta junto a la mesa del comedor, al lado de su madre, frente a Jaime. La tarde va cayendo lentamente. Los últimos resplandores del sol, un sol rojizo que se filtra por la celosía, iluminan el rostro fatigado de la señora Alcántara.

Jaime desea que cuando terminen Ana Isabel le narre un cuento.

Ana Isabel se siente orgullosa de que su hermano le pida siempre cuentos. Cuando sea mayor escribirá libros gruesotes como los de Salgari.

—¿Cuántas cajetillas faltan?

—Faltan doscientas.

¡Doscientas!

«Cigarrillos La Favorita.» «Cigarrillos La Favorita.»

Ana Isabel piensa en el sultán que tenía una favorita. Un sultán con turbante y amplios calzones.

—Cuando terminemos te contaré el cuento de «La Favorita».

—¿La Favorita como las cajetillas?

—No seas tonto. Las cajetillas son feas y tristes y éste es un cuento lindo y alegre.

Claro que son feas y tristes las cajetillas. Ninguna de sus amigas deja de ir a jugar a la plaza por hacer cajetillas. Las madres de sus amigas no trabajan. Ana Isabel las encuentra siempre en el corredor, leyendo o bordando, cuando va en busca de sus compañeros o se las topa en el zaguán, muy engalanadas, en plan de hacer visitas. Ninguna de sus compañeras trabaja en cajetillas de cigarrillos, ni siquiera Otilia, la trigueñita que vive al otro lado de la plaza y de quien dice su madre no es bueno que se reúna con ella porque no es gente decente.

Gente decente...

Indecente es lo contrario de decente. ¿Será indecente Otilia? ¿Por qué serán siempre pobres los que no son decentes?

Pero Ana Isabel no es rica. Su madre al menos no cesa de repetirle que es muy pobre y sin embargo, es gente decente. Ana Isabel se embrolla. Gregoria a quien había preguntado un día, le había respondido:

—Mire niña, no hay más que ricos y pobres. Los ricos pa gozá y los pobre pa'aguantá...

La señora Alcántara ha encendido la luz porque ya no ve. Todos están en silencio. Sólo se escucha el frufrú que hacen las cajetillas al caer en la cesta casi llena.

Lejos, tal vez en la casa de Otilia, una voz canta.

Canta dulcemente, arrastrando las sílabas.

«Se ofrece a mí, se ofrece a mí, por la primera vez...»

La voz llega empujada por el viento. Atraviesa la plaza, cruza por sobre la ceiba, sobre las copas de las marías, las ramas altas del jabillo.

Viene de lejos. Tal vez de la casa de Otilia. Tal vez de la calle de abajo donde los chicos juegan a las metras tendidos en el suelo.

El viento la acaricia, la trae, la lleva lejos. Va a perderse. Pero no, está aquí cerca, cerquita de Ana Isabel, casi junto a ella.

Canta la voz.

«Aquí mi Dios tan grande y tan deseado...»

Canta y evoca niñas con trajes blancos envueltos en el humo azul.

Canta la voz.

Sube hasta el cielo enrojecido y cae desde lo alto en graves notas oscuras que ruedan a ras de tierra. Ana Isabel escucha con la cajetilla entre las manos y los ojos perdidos.

«Se ofrece a mí, se ofrece a mí, por la primera vez...»

—¿Jaime, recuerdas el día en que hice mi Primera Comunión?

LA EXCURSIÓN

Abril, mayo, junio, julio...

Julio es el mes de los exámenes. Las niñas estudian apresuradamente. Por las noches se cierran los ojos de Ana Isabel y por todas partes no mira más que números, quebrados, divisiones...

—Apúrate, Ana Isabel para que saques veinte puntos y puedas ir a la excursión.

Ana Isabel no hace otra cosa que pensar en la excursión. El año pasado estuvo a punto de perderla. Aún recuerda el susto que pasó.

—¿Cómo? —había dicho la señora Alcántara—, ¿seis kilos de carne? Pero esa señorita está loca. ¿De dónde voy a sacar yo para comprar seis kilos de carne? Si es así no vas a la excursión.

No estaba loca la señorita. La carne la había encargado luego a Esperanza Caldera y Luisa Figueroa. Ana Isabel y Cecilia Guillén llevarían el pan.

—Bueno, el pan... eso es otra cosa. Le encargaremos a Nemesio tres panes de los grandes, de a bolívar...

La noche anterior Ana Isabel no pudo conciliar el sueño.

—¡Pero niña, qué tanto das vueltas en esa cama! Si te pones así no te voy a dejar ir más a ninguna excursión.

Antes de la madrugada se había levantado. La casa estaba en silencio. Todos dormían. Un trozo de luna desteñida se enredaba en el alambre del tranvía.

Hacía frío. La noche aún vivía. Sobre los árboles, entre las hojas quietas, se arrebujaba su sombra. El día estaba lejos. Tan sólo un leve y dorado fulgor que bajaba lentamente de los cerros, anunciaba su presencia.

—¿Pero estás levantada, Ana Isabel? ¡Es media noche, niña! Ande a acostarse y estese tranquila hasta que yo le diga. ¡Qué niña ésta, Dios mío!

Ana Isabel había regresado en silencio a su cama. Con los ojos semiabiertos aguardó la mañana.

—Tómate aunque sea una taza de café con leche. Te vas a desmayar por el camino. ¡Pero Dios mío, dónde se ha visto que por una excursión se ponga así esta muchacha!

Estefanía tiritaba de frío.

—Jesú, ¡qué tanto madrugá, niña!

—Voy para una excursión. Para una ex-cur-sión...

—¡Niña, que me va a tumbá! ¡Déjeme quieta! Misia llame a Ana Isabel pa dentro... A la puerta estaba echado Chucuto.

—Me voy para «Los Chorros», Chucuto, me voy...

Jaime desde la ventana la había seguido con los ojos tristemente.

—Tú también irás a excursiones, niño. ¡No pongas esa cara!

—¡Adiós Chucuto! ¡Adiós Jaime! ¡Adiós placita! ¡Que me voy! ¡Me voy y no vuelvo! ¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Espéreme, niña, no corra tanto!

Ana Isabel había llegado jadeante a la escuela. La señorita aún no se había levantado. En el patio las hojas estaban llenas de rocío y Ana Isabel las sacudía una a una para ver temblar y caer las gotas que brillaban con el sol.

—Yo llevo la carne.

—Y yo el pan...

—Yo la ensalada...

—¿Y la jalea y el queso?

—La jalea Justina. ¿Y el queso?

—Esténse quietas, niñas, que todavía no ha llegado el camión.

José del Carmen, el chofer, era un negro fornido con los ojos saltones.

Cuando asomó el rostro, por entre la reja, las niñas soltaron la risa y echaron a correr.

—¡Jum! Ésa no es conmigo. Si es así no las llevo...

Pero José del Carmen se había hecho amigo de todas. En medio del camión colocó una silla pequeñita destinada a la señorita. Las niñas iban de pie. El piso estaba lleno de paquetes con las camisas de baño, platos, vasos, bandejas con la comida... Por el camino polvoriento el camión resoplaba levantando bandadas de cucaracheros que se asustaban con el estrépito.

—Ya vamos llegando a Chacao. Ya pasamos Sabana Grande.

—¿Y esa casota qué es, José del Carmen?

—¡Guá, a ésa la llaman La Floresta!

—Ya pasamos El Muñeco.

—¿El muñeco? ¿Qué muñeco, José del Carmen?

El aire estaba ligero, delgado. El sol comenzaba a calentar.

—Pónganse los sombreros, niñas, que van a pescar un tabardillo.

El camión rodaba junto a los cafetales, codeándose con las empalizadas de jobos y el garbancillo floreado.

—¡Corre, José del Carmen! ¡Corre!

—¡Sí oh! ¿Pa que nos vortiemos?

—¡Mira las mariposas! Una amarilla. Otra color de fuego.

—Y el caballito del diablo.

—¡Que viene visita! ¡Que viene visita!

—Ya vamos a llegar a Los Dos Caminos.

—Estamos pasando por la Hacienda San José...

—¡Qué hacienda más grande, José del Carmen!

Los bucares estaban floridos. Abrían su ramaje fino sobre los cafetales. El café maduraba sus frutos. Gruesas moscas atornasoladas agitaban las alas. La tierra se alfombraba de pétalos rojos y suaves.

El camión subía ruidosamente, cuesta arriba, hacia «Los Chorros». Las niñas iban cantando y sus voces claras flotaban en la mañana luminosa y cálida de julio.

—Yo tenía una muñeca vestida de azul...

—Con el escotado y en el camisón...

—Bueno. ¡Hasta aquí nos trajo el río!

El motor respiró con furia. José del Carmen se secó el sudor con el dorso de la mano.

—¡Ay! ¿Ya llegamos? Qué ligero...

—Cuidado, niñas. Bájense poco a poco.

—Hasta la tarde, José del Carmen. A las cinco está aquí, ¿sabe?

—¿A las cinco? ¡Ay, qué temprano! ¡A las seis señorita, a las seis!...

—No, señor. Yo no voy a coger ese camino oscuro para llegar de noche a Caracas. A las cinco en punto, ya lo sabe José del Carmen. A las cinco...

—¡Adiós, José del Carmen! ¡A las seis! Hasta las seis...

—En marcha, que se nos hace tarde. Vayan de dos en dos.

Ana Isabel caminaba junto a Cecilia. Era un camino angosto. A un lado la montaña y al otro lado el río fluía mansamente. El camino estaba sombreado por mangos gigantes. El agua saltaba ligera entre las piedras donde crecían los helechos.

—¡Mira ese mango de bocado!

—¡Y ése de hilacha!...

—¡Mira, uno madurito, Ana Isabel!

—Allá arriba está uno pintado como a mí me gustan. Vamos a tumbarlo.

—¡Niñas, no tiren piedras! No se paren tanto que no vamos a llegar nunca.

—Mire los helechos señorita. Al regreso vamos a coger. Hay cola de pez, cabellera de Venus y hasta velo de novia...

—Caminen niñas, caminen...

La señorita iba de un lado a otro vigilándolas a todas. Llevaba un sombrero de cogollo hundido hasta las cejas. Los ojos le brillaban más que de costumbre y de vez en cuando se la escuchaba toser.

Ana Isabel se quedaba por detrás haciendo ramos de pascuas azules.

—¡Apártense, que ahí viene un burro!

El camino era tan angosto que el burro rozaba con sus ancas los brazos desnudos de las niñas.

—¡Es un burro campanero! ¿Dónde dejaste la recua, burrito?

El arriero marchaba detrás con los pantalones arremangados hasta mitad de la pierna y un palo en la mano.

—¡No le pegue hombre, no sea bruto!

—Niñas no se metan con ese hombre que les puede salir con una grosería.

El arriero miraba a las niñas sin decir palabra con unos ojos oblicuos de color indefinido.

Un olor a boñiga, a hierba brava, a malojillo, se aspiraba por el camino. Los azulejos cantaban en lo alto de los mangos. Entre los ñaragatos y los cujés, se escuchaba el arrullar de una paloma.

—¡Oye, una paloma turca!...

—¿Estará en su nido? ¿Y si la encontramos?

—Es una soysola, escúchala como canta...

—Niñas no se queden por detrás. ¡Ana Isabel Alcántara! —llamaba severa la maestra.

Una mujer sucia y descalza bajaba por la vereda. Haciendo equilibrio sobre la cabeza lleva una lata llena de ropa limpia y exprimida, recién lavada en el río. Pegados a su falda dos chiquillos desnudos comían mangos.

—¿Cómo está el río, señora?

La mujer sonreía complacida a las niñas.

—¿Está crecido?

—Una miajita, una miajita no más...

—¿Estará muy hondo el pozo? ¡Uy qué miedo!

—Señorita, vamos a bañarnos a La Batea.

—No señor, yo no estoy loca para ir con ustedes a La Batea. A Ño Alejandro es a donde vamos, ya lo saben, a Ño Alejandro. Caminen, caminen que ya vamos a llegar.

El agua estaba apenas crecida. Un leve tinte dorado espejeaba sobre la superficie del pozo. Ño Alejandro se abría ancho y bonachón, vistiéndose de espuma, adornándose con flores amarillas y guayabitas sabaneras.

—Cuidado niñas. Fíjense bien dónde se desvisten que por aquí hay muchas suciedades.

La señorita comenzó a quitarse la ropa tras una piedra.

Las niñas se arrastraban por sobre la hierba tratando de sorprenderla desnuda. Pero la señorita se agachaba, cubriéndose con el vestido y sólo se alcanzaba a mirar la espalda por donde se deslizaba la camisa de ancho escote.

—¿La viste?

—No pude, ¿y tú?

—Yo tampoco...

Ana Isabel se desvestía junto a Cecilia. Se quitó el vestido enseñando las tiras bordadas con cintas azules que su madre había cosido a la orilla de la enagua.

—¡Qué bonito! —decía Cecilia.

—Todos mis fondos son así. —Y Ana Isabel mentía descaradamente.

—¡Ay, qué fría está el agua!

—¡Zúmbate, no seas tonta!...

—Zúmbate que está llanito...

Cuando Ana Isabel se metió al pozo ya la señorita se hallaba junto a la cascada. Llevaba el pelo negro y lustroso. Una brillante cabellera que le caía hasta más abajo de la cintura. La camisa muy escotada dejaba ver los brazos blanquísimos, los hombros redondos, el cuello fino. La espuma le corría por todas partes, le llegaba a los labios, resbalaba por sobre los cabellos... Parecía otra la señorita. Reía dando saltitos echando la cabeza hacia atrás. El aire penetraba por dentro de la camisa inflándola como un gran globo rojo que flotase, sobre las aguas. Las niñas apoyaban las manos oprimiéndolo. Pequeñas y luminosas burbujas, como pompas de jabón, permanecían un instante inmóviles deslizándose luego arrastradas por la corriente y se quebraban, matizadas de colores, vivas de luz, dejando apenas la sombra de una espuma...

Ana Isabel no reconocía a la señorita. ¡Qué brazos tan blancos surcados de venas azules! ¡Y qué hermoso pelo!... Ana Isabel lo miraba sumergirse bajo el agua y subir de nuevo a la superficie como raíces vivas, oscuras y húmedas raíces, olorosas a selva, a turbias aguas crecidas...

¿Acaso era bonita la señorita? Ana Isabel nunca lo había pensado. En la escuela sólo sabía de su voz un tanto velada y monótona. De sus manos que sostenían la tiza, el libro, la regla. Siempre vestida con blusas de alto cuello y largas mangas. Nunca la había mirado a los ojos, nunca la había escuchado reír... ¿Acaso era bonita la señorita?

En el fondo del pozo se podía tomar la arena a puñados. Diminutas sardinas plateadas cruzaban veloces ocultándose entre las piedras. Apenas se adivinaba el camino por donde transitaban las recuas y algún arriero azotaba los burros dando voces.

—¡Oy, sooo! ¡Oy, sooo!

¿Acaso era bonita la señorita?

Por la tarde, al regreso, Ana Isabel se lo preguntaba todavía. La señorita había vuelto a ser la misma de siempre. Con su blusa sin escote, las mangas largas ocultando los brazos tan blancos. Su hermoso cabello recogido en grueso moño sobre la nuca, el sombrero de cogollo hundido hasta las cejas.

El camión marchaba lentamente por el camino oscuro. Las niñas iban en silencio tendidas sobre el piso. La señorita, muy tiesa, sentada en la silla, con las manos cruzadas sobre la falda sin decir palabra. José del Carmen fumaba y el rojo vivo de su cigarrillo rompía la noche sin estrellas.

Ana Isabel recostada sobre la baranda miraba pasar y repasar el camino, una sola mancha blanca que se alargaba. El perfume de la dama de noche embalsamaba el aire.

Las luciérnagas se encendían titilantes. Cantaban los grillos en el cafetal.

¿Acaso era bonita la señorita?

EL VENADO

—¿De dónde viene el venao?

—¡Del cerro quemao!

—¿Qué trae en el rabo?

—¡El rabo esollao!

—Eche una carrerita pa ve...

Las manos se enlazan. Manos blancas, morenas. Con dedos manchados de tinta y uñas cortadas al rape. Manos de niñas.

En el patio de la escuela un sol pequeñito retoza y la negra Nicasia barre el embostadero. La negra Nicasia es quien hace todo el trabajo de la casa. Barre, friega, guisa, lava y aplancha la ropa. Tiene los fustanes remangados y los pies descalzos.

—No niñas, ¡váyanse con su música a otra parte! Después soy yo la que pago si la ropa no está bien blanca...

Pero en el patio de arriba no se puede jugar al venado. Es de tierra con un chaguaramo muy alto, cuadros de rosas y siemprevivas y la mata de heliotropos de la señorita. Y en el corredor están jugando a la Víbora.

—A la víbora, a la víbora de la mar...

Por aquí podrán pasar...

Por aquí yo pasaré y una niña dejaré...

—La señorita nos dijo que jugásemos aquí...

—Bueno, yo no sé. Después que no me vengan con que la ropa está manchá...

Ana Isabel quiere mucho a Nicasia la negra. Siempre le da papelón, del que está en la azucarera. Porque es papelón y no azúcar lo que contiene la azucarera. La señorita es muy pobre y el papelón cuesta menos. La azucarera está llena de papelón raspado, un papelón muy rubio que parece miel.

Ana Isabel se llena la boca y piensa que está comiendo miel. Miel de abejas. Por su casa pasa Perucho el que vende miel con su cesta llena de panales.

—¡Miel de abejas para las buenas mozas! ¡Miel de abejas saca los dolores y cura los catarros! ¡Llevo la miel de abejas!

Ana Isabel nunca compra miel. Con dos centavos para la merienda, ¿cómo podría hacerlo? Compra una «muñequita» de tamarindo y una pastilla de chocolate de segunda. El chocolate de primera es más caro y está envuelto en papel plateado. Esperanza Caldera y Luisa Figueroa comen siempre chocolate de primera y conservan el papel plateado para enviarlo a los misioneros y ayudar a la salvación de los chinos. El padre Mayorca les ha contado cómo los misioneros salvan a los chinos. Éstos ignoran que existen Dios y el cielo, el infierno y el purgatorio. Los misioneros les enteran de todo ello y también de lo que es pecado. Ana Isabel no sabía lo que era el pecado. El padre Mayorca le ha enseñado y desde entonces peca mucho Ana Isabel.

Ana Isabel conoce a los chinos. Los chinos lavan y aplanchan. No hacen otra cosa que lavar y aplanchar. Camino de la escuela hay una lavandería china. Las ventanas están siempre abiertas. Ana Isabel trepada a los balaustres se queda mirando a los chinos que asientan fuertemente la plancha sobre las camisas almidonadas.

Los chinos son amarillos. Hay cuatro razas. Al menos eso dice la Geografía que estudia Ana Isabel. La blanca, la negra, la roja y la amarilla. ¿Por qué todo el mundo no será igual? Ana Isabel es blanca. Los chinos son amarillos. Nicasia y Estefanía son negras y negro es Eusebio, el hijo del dependiente de El Chimborazo. En Venezuela hay muchos negros. Los negros no son gente

decente. A ella no la dejan reunirse con los negros. Pero hay blancos con los que tampoco le permiten jugar.

—Esa gentuza que no se sabe de dónde ha salido —dice la señora Alcántara.

Perico y Carmencita y Pepe el monaguillo no son negros, pero es como si lo fuesen, porque su madre no la deja jugar con ellos. Luisa Figueroa es trigueña, muy trigueña, ¡casi negra! piensa Ana Isabel, pero es rica y vive en El Paraíso, donde no vive sino gente decente.

Cuando Ana Isabel conoce a una niña la señora Alcántara pregunta quiénes son sus padres. Ana Isabel nunca recuerda y tiene que informarse de nuevo.

—¡Ah, la hija de Tula Madriz! Por cierto que Tula se casó muy mal, con un muchacho desconocido, un chico del interior...

—¿Cómo se llama su papá? ¿Cómo? ¿Sinforoso Alfonso? ¡Ahora sí que hay gente rara! ¡Qué difícil es tener buenas relaciones hoy en día!

—¡Ésta es la nieta de Pepe Pancho! ¡Mira, Federico, la nieta de Pepe Pancho! ¡Cómo no voy a saber quién es! Pregúntale a tu mamá si no recuerda a los Krauss de Altagracia... Vamos... ¡La nieta de Pepe Pancho!

Pero a Ana Isabel le gusta jugar con Perico y Carmencita, con Pepe el monaguillo y el negrito Eusebio. El negrito Eusebio conoce infinidad de juegos y de cantos. Canta galrones que inventa él mismo. Dice que los saca de su tapara y y Eusebio se lleva la mano a la cabeza lanuda y ríe con unos dientes tan blancos que son la envidia de Ana Isabel.

El negrito Eusebio juega mejor al venado que Justina, que Cecilia y también que Luisa Figueroa. Siempre tiene versos nuevos para el venado y cuando llega la hora de forjar cadenas, la del negrito Eusebio es más fuerte que ninguna.

—De hierro —dice sonriente.

Es de hierro el brazo de Eusebio y por más esfuerzos que hacen todos, resulta imposible de romper. Ana Isabel contempla su manita flaca entre las manos recias y negras de Eusebio muy segura de que nadie podrá romper esa cadena. Ni siquiera Pepe el monaguillo que es el más grande y tiene tanta fuerza...

—¿De dónde viene el venao?

—¡Del cerro quemao!

—¿Qué trae en el rabo?

—¡El rabo esollao!...

Las manos se enlazan. Las niñas giran...

—¡Allá viene el venao! ¡Allá viene, allá viene!

Giran los pies menudos. Pies de niñas. Se enlazan las manos blancas, morenas. Manos de niñas.

—¡Allá viene el venao!

Es Luisa Figueroa el venado. Viene corriendo y trata de penetrar en el centro de la rueda. Las niñas se lo impiden girando cada vez más rápido. Luisa Figueroa se agacha y logra deslizarse por entre los brazos unidos.

La rueda se detiene. Las manos se entrelazan con fuerza. No hay que dejar romper la cadena.

—¿De qué es esta cadena?

—¡De oro!

—¿De oro? ¡Qué va!

—¡Anda a ver si la rompes!

Luisa Figueroa se cimbra sobre las dos manos trenzadas. Las niñas están rojas por el esfuerzo, los músculos contraídos.

—¡Sí es de oro! ¡No puedes romperla!

—¿De qué es esta cadena?

Ya se encuentra junto a Ana Isabel cuya mano aprieta fuertemente la de Justina.

—¿De qué es esta cadena?

Ana Isabel piensa en el negrito Eusebio.

—De hierro —responde.

—¿De hierro? ¡Qué va! ¡De brazo sucio y feo!

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Repítelo otra vez!

—¡De brazo sucio y feo! —exclama Luisa Figueroa.

Todo desaparece ante los ojos de Ana Isabel. Ya no mira la rueda de las niñas, ni a la negra Nicasia que barre el embostadero, ni a Cecilia, ni a Justina que oprime tiernamente sus manos. Todo se oscurece de pronto y apenas escucha el sonido de su voz ronca y ahogada.

—¡Te muerdo!

¡Te muerdo!, ha dicho Ana Isabel, y Luisa Figueroa con el brazo sangrante está llorando a gritos.

Ya no hay cadenas. Las manos se han soltado.

La voz ronca continúa gritando:

—¡Te muerdo! ¡Te muerdo!

En el salón de clases Ana Isabel está sentada frente al pupitre con el cuaderno abierto y un lápiz entre los dedos. Tiene que escribir quinientas veces: «Yo no soy un perro rabioso».

En el patio de abajo las niñas continúan jugando al venado. Las risas y los gritos llegan hasta el salón desierto donde se encuentra Ana Isabel.

—¿De dónde viene el venao? —¡Del cerro quemao!

Sucio y feo...

Fea le dicen todos. La gente que la mira por las calles y Esperanza Caldera y Luisa Figueroa. Justina y Cecilia no lo dicen, pero tampoco le han dicho linda. Nadie le ha dicho nunca linda. ¿Nadie? Sí, el negrito Eusebio le ha dicho linda y también le prometió regalarle un tesoro. A causa del tesoro estuvo Ana Isabel muchas noches sin dormir y también porque le habían dicho linda por primera vez... Una tarde, de regreso de la escuela, en la esquina de La Cruz, estaba parado el negrito Eusebio con las manos apuñadas. Ana Isabel corrió a su encuentro.

¡Cuatro metras! Cuatro metras de color, redondas y cristalinas, temblaban sobre la palma blanca de la mano negra de Eusebio. ¡Cuatro metras de color!

El negrito Eusebio es el único que le ha dicho a ella linda. Y... ¿quién sabe si podrá volverse blanco algún día? Tal vez puede ser un príncipe encantado. ¡Sabe tantos juegos, tantos cantos!

La palma de la mano de Eusebio es blanca. Ana Isabel recuerda cómo temblaban sobre ella las metras de color. ¿Se estaría volviendo blanco? Pero aunque así fuese no podría nunca casarse con él...

—¡La sangre de los Alcántara no se mezclará nunca con sangre plebeya! Un escudo muy limpio tenemos —repite siempre el doctor Alcántara—. Y no poseemos dinero: prueba de que no somos ladrones ni pillos...

¿No tendrá acaso un escudo el negrito Eusebio? Ana Isabel nunca le ha preguntado, tal vez porque sabe muy bien que no lo tiene. ¿Por qué no se fabricará uno? ¡Es tan fácil! El escudo de los Alcántara es un cuadro pequeño con marco dorado que cuelga junto a la consola del salón. Allí pueden verse el casco guerrero, porque los Alcántara han guerreado mucho, y espigas en manojos y calderones de oro sobre campo de azur... ¿Por qué no se fabricará uno? Podría tener un potro negro, reluciente, con la cola alzada y matas de cundeamor floreaditas... En la gaveta de la vitrina su padre guarda papel de dibujo. Sin que nadie la mire tomará un pliego y también unos lápices de color para hacerle un escudo a Eusebio. Para el lema, Eusebio dirá sus versos más hermosos y como no sabe escribir, será Ana Isabel quien lo hará por él. Ese día no olvidará colocarle la tilde a la *t* y dibujar las *oes* bien redondas.

—Yo no soy un perro rabioso. Yo no soy un perro rabioso...

Va a terminar el recreo y Ana Isabel no ha cumplido su castigo. Tal vez la dejarán hasta las seis de la tarde escribiendo. ¡Tener que escribir quinientas veces esa tontería!

¿Acaso ella no lo sabe que no es un perro rabioso? Si mordió a Luisa Figueroa fue por haberle dicho fea. Siempre que le dicen fea Ana Isabel muerde y cuando contempla a una niña muy linda ganas le dan de morderla y sacarle la sangre en los bracitos redondos...

Pero ya no estará triste Ana Isabel. El negrito Eusebio le ha dicho linda. Le hará un escudo muy hermoso y se irán mano a mano, la manita flaca de Ana Isabel en la mano negra de Eusebio. Se irán por los campos que le gustan tanto a Ana Isabel y harán ramos de cariaquito morado. Y cuando llegue la noche y

la luna bañe la tierra oscura del camino, el negrito Eusebio no será ya negro, estará blanco, blanco de luna...

—¿De dónde viene el venao?

—¡Del cerro quemao!

—¿Qué trae en el rabo?

—¡El rabo esollao!...

—Eche una carrerita pa ve...

¿QUIÉN MATÓ A MARIPOSA?

Lucerito y Mariposa habían llegado en carreta con las patas amarradas. Lucerito color de café con leche y Mariposa toda blanca, con las patas negras y una gran mancha en mitad de la frente. En el corralón flotaba un olor a pico y a boñiga. Las vacas sumergían el hocico en el lebrillo y se espantaban las moscas con la cola.

De madrugada Ana Isabel despertaba con el mugido de las vacas y los cantos de Balbino.

—¡Ponte, Lucerito...! ¡Mariposa, ponte...!

Ana Isabel y Jaime se levantaban bien abrigados. La neblina cubría los techos y apenas se distinguían las ramas tupidas del guásimo. Transparente quietud se extendía por los corredores. El polvo se posaba sobre las mesas, las sillas. Un aliento de casa dormida, de sábanas tibias. Las voces soñolientas, coleópteros muertos adheridos a la lámpara. En el pasillo oscuro rumiaba el tinajero un engranar de gotas que resbalaban, corrían sobre la superficie de la piedra y luego se agrupaban todas en una sola gota ancha, temblorosa, que lentamente se desprendía. Por entre los barrotes de la reja asomaba el verde de los helechos.

Ana Isabel se detenía a contemplar el tinajero. La tinaja de barro, el cántaro de hojalata cuyos bordes, erizados de púas, semejaban la corona de un viejo rey. Cantaba el tinajero. Primero la gota grande, la que rompía la superficie

espejeante con sonido hondo, luego se precipitaban las pequeñas, una tras otra, con tintinear de cristales haciendo cabriolas. Siempre acontecía lo mismo. La gota ancha esperaba paciente que se agrupasen todas a su alrededor, para dejarse caer, majestuosamente, con aire solemne. Las pequeñas la seguían, correteando al ras de la piedra porosa, salpicando en su caída las menudas hojas de los helechos.

Ana Isabel ceñía con sus manos el vientre de la tinaja y el palpitir del canto vibraba entre sus dedos. ¡Qué misterioso duende habitaba el tinajero! ¡Pequeño, invisible, colmado de voces! Un duende enano, vestido de agua, prisionero en su verde jaula. Un perfume húmedo, de vegas, de campos con lluvias, emanaba de los helechos. La luz del patio llegaba hasta el pasillo en sombras, tamizada por la celosía.

—¡Lucerito, ponte...! ¡Ponte, Mariposa...!

Había que atravesar el embostadero y caminar cuidadosamente, a causa de la ropa enjabonada que yacía por el suelo. Y guarecerse bajo el alero cuando las lloviznas mañaneras caían, menudas y blancas. La puerta estaba siempre entornada, los goznes chirriaban con sonido destemplado. El corralón había sido incorporado a la casa a la llegada de las vacas. Antes la puerta estaba condenada, con gruesas tablas claveteadas. A través de las rendijas Ana Isabel miraba al otro lado. Allí habitaban los isleños. El padre, un hombre pequeño de bigote rubio que le caía a ambos lados de los labios. Cuatro chiquillos lloraban arrastrándose por el suelo, desnudos y mugrientos. La madre tenía la piel blanca, surcada de pequeñísimas arrugas que se ahondaban como surcos al reír, mostrando unas encías de recién nacido. Pero Ana Isabel no tenía ojos más que para mirar a Elisa, una chica de unos doce años, que lavaba y aplanchaba la ropa a las señoras de la vecindad. Ana Isabel la miraba torcer entre sus manos las grandes sábanas blancas, extenderlas como esos albos mantos de países donde la nieve cunde y tapiza las piedras y la tierra del camino. El viento las hacía ondear, el sol las blanqueaba. Al secarse, ásperas y duras, Elisa las desprendía de las cuerdas una a una y las rociaba con agua fresca antes de aplancharlas.

El primer día en que Ana Isabel penetró en el corralón lo miró tan vacío, tan sin voces, muy otro al que contemplara a través de las rendijas donde las sábanas desplegaban sus grandes alas que el viento batía.

Un techo de media agua cobijaba las vacas. La madre de Ana Isabel lavaba los cántaros en el grifo de la pipa. Balbino, en cuclillas, ordeñaba las vacas. Lucerito y Mariposa doblaban las patas y rumiaban melancólicas. Balbino tomaba las ubres entre sus manos callosas, prensadas y sonrosadas ubres de satinada piel. La leche emergía en levísima fuente, en finos hilos que se entrecruzaban en el aire y caían en la totuma desbordada de leche tibia y espumeante. En veces, las vacas mugían y cerraban los ojos para de nuevo abrirlos y posarlos en las vigas del techo. Ana Isabel sumergía las puntas de los dedos entre la espuma, acariciaba las ancas de las vacas y se retiraba de un salto cuando éstas lanzaban de pronto una coz imprevista.

—¡Niña, lo que se está buscando es que las vacas la pateen!

—¡Ana Isabel, por Dios, deja ordeñar a Balbino que se hace tarde!

Cuando los cántaros estaban llenos, la madre de Ana Isabel ajustaba las tapas y Balbino los ataba a ambos lados de la mula que aguardaba paciente a la puerta del corralón.

—¿Tu mamá y que vende leche? —había preguntado Esperanza Caldera a Ana Isabel mientras masticaba oroús.

—¿Cómo, vende leche? —interrogó a su vez Luisa Figueroa.

—Sí vende. ¡Y qué pasa con eso! —respondió Ana Isabel con los ojos centelleantes.

—Guá chica no te molestes. Es una pregunta. ¿Vende leche?

Ana Isabel les vuelve la espalda y se dirige hacia el patio donde están jugando a «la sortija vaya y venga».

—Ana Isabel, ¿quieres entrar en la rueda?

Justina sonríe con la cuerda en las manos mientras la sortija se desliza, vertiginosamente, por entre los dedos.

—Hoy no tengo ganas de jugar, Justina.

Cecilia se acerca con ternura solícita.

—¿Estás enferma? ¿Qué tienes?

—Nada, no tengo ganas de jugar, eso es todo.

—Maquiní surcí, maniquí sursá...

Dame la sortija, dame la sortija
que en tu mano está...

La voz clara de Justina resuena bajo el cielo de la tarde. Las hojas comienzan a amarillear. El verano arde seco, resquebrajando la tierra, apretando los botones de las rosas. Ana Isabel se sienta en un rincón del patio. La madre selva trepa hasta el techo y gajos aromáticos irrumpen entre las fauces de la canal.

Piensa en los dedos de su madre, ásperos, enrojecidos, y en el agua que los cubre con tembloroso manto. En la boñiga caliente, con olor ácido, fermentoso. La hierba recién cortada que rumian las vacas, la leche tibia, colmada de pequeñas volutas que apaga la brisa.

—¡Ponte, Lucerito...! ¡Ponte, Mariposa...!

—¿Mamá, cuándo se llevan las vacas?

—Pero niña, ¿para qué quieres que se lleven las vacas?

—Yo quiero que se las lleven mamá...

—Déjate de malacrianzas Ana Isabel. Primero un amor con las vacas y ahora les tomas manía. Mira mi hijita, las vacas representan una ayuda para vivir. Ya lo sabes. Así es que se quedan aquí. ¡Qué niña ésta más rara, Dios mío!

De madrugada Ana Isabel ya no se levanta como antes. Jaime la llama y ella vuelve el rostro hacia la pared fingiendo dormir.

—Ana Isabel, levántate. ¡Ya llegó Balbino!

—Déjala niño, que ella ahora le ha tomado manía a las vacas. ¡Dios mío, qué niña más rara!

Desde su cama, Ana Isabel escucha el canto de Balbino, el ruido del agua que se escapa del grifo, el golpear de los cántaros.

—¡Ana Isabel, Mariposa está enferma!

Jaime irrumpe repentinamente en la habitación.

—¡Está enferma Mariposa, Ana Isabel!

De un salto, Ana Isabel se tira de la cama. Su camisa blanca le cubre las rodillas y cae a lo largo de las piernas, de los tobillos, hasta tocar el suelo con los bordes. No mira hacia el tinajero, enreda los pies en la ropa enjabonada, tropieza con la puerta, cuyos goznes chirrían con sonido destemplado y gangoso.

Mariposa yace con las patas delanteras dobladas sobre la tierra, la cabeza inclinada hacia adelante. Balbino está junto a ella y le pasa las manos por el vientre con una suavidad imprevista.

—Malas hierbas misia, malas hierbas que ha comió... Ya se alentaré.

—Ana Isabel, ¿qué haces aquí en camisa de dormir y con los pies descalzos? ¡Vas a pescar un resfriado! ¡Niña, ande a vestirse!

Pero Ana Isabel se agarra de las faldas de su madre con las manos temblorosas.

—Es que... se va a... se va a...

No quiere decir lo que ha cruzado por su mente. ¿Qué sabe ella de la muerte, Ana Isabel? Una palabra que se dice en voz baja, que entristece los rostros. Campanas que doblan, flores deshojadas en los zaguanes...

La señora Alcántara siente la mano pequeña aferrada a sus faldas.

—Es que se va a... se va a...

—No mi hijita, ven a vestirte —responde con voz suave—. Mariposa sanará. Ven...

Sí, ella tiene la culpa. ¿No quería que se llevasen las vacas? Ella tiene la culpa. Morirá Mariposa. Se quedará quieta, tesa, con los ojos fijos...

—¿Estás despierta Ana Isabel? ¿Qué estás hablando? Calla y duerme...

—Es... es Mariposa mamá...

—Ya te dije que sanará mi hijita, duérmete tranquila.

Durmió con un sueño pesado, entrecortado por la respiración afanosa. En medio del sueño Mariposa crecía. Su lomo brillante tocaba las vigas del techo y la cabeza emergía hacia afuera, con las orejas abiertas, como lirios gigantes. Un mugido largo, interminable, se escuchaba venir de muy lejos, de más allá

del patio, atravesaba los corredores, el oscuro pasillo, cruzaba la galerí y llegaba hasta su habitación, hasta su propio lecho. Ana Isabel sentíase envuelta, apresada, entre las ondas del sonido que se extendía cada vez más, mientras Mariposa continuaba creciendo, rompía el techo y sacaba la cabeza hacia lo alto, junto a las nubes. Al despertar, el sudor le corría por la frente y sus manos crispadas, arrugaban las sábanas.

Mariposa no mejoraba. Tenía las patas hinchadas y las ubres pendían flácidas.

—Emplastos de yerbamora —aconsejó Balbino.

En la piedra que hacía de mortero, trituraron las hojas. Con el zumo retinto y espeso, bañaron las patas del animal que volvía la cabeza y miraba con pesadumbre.

—¿Por qué no se levanta?

—Guá, niña, porque está enferma. ¿No la está mirando, pues?

—Ana Isabel, ya es hora de irte a la escuela. Anda, cuando regreses la hallarás mejor.

En la escuela, Ana Isabel se sobresalta con el más leve ruido. El golpear de una aldaba movida por el viento, la estremece.

—¡Ana Isabel Alcántara! ¡A prestar atención!

La señorita narra la historia de Jacob y Esaú.

—...y luego —continúa la señorita— Jacob cubriose con una piel de cabrito para engañar a su padre.

La piel de cabrito tenía un vello áspero y Mariposa tiene el vello fino, tan fino como el raso, como la cera blanda. Y una mancha en mitad de la frente y las patas oscuras y pulidas. ¡Una estrella en mitad de la frente!

El vientre también comenzaba a crecer. Por el hocico entreabierto se escapaba la saliva amarilla y espesa, la lengua adquiría un tono violáceo. Ana Isabel acerca el lebrillo lleno de agua fresca, pero Mariposa apenas si inclina la cabeza y humedece la punta del hocico.

—¿Si probásemos con cataplasmas de mostaza? —sugiere Balbino.

La señora Alcántara empapa las compresas en el líquido hirviente. Mariposa permanece inmóvil al contacto del calor. Las moscas dan vueltas a su alrededor. Un moscón de alas cristalinas y frágiles se desliza por encima del lomo. Las orejas gachas, las cuatro patas dobladas, pegadas a la tierra. Un leve temblor recorre intermitente las ancas.

—¿Tiene frío, Balbino?

—No, niña, qué frío va a tené. Está enferma, ¿no lo está mirando, pues?

—Ana Isabel, ven a almorzar. No puedes pasar la vida junto a esa vaca mi hijita, eso te hace daño...

Sentados a la mesa, el padre, la madre, los niños, permanecen silenciosos. La señora Alcántara suspira y parte un pedazo de pan que lleva distraída a los labios.

—Come mi hijita. Y tú Jaime, ¿tampoco quieres comer?

Pero la madre no insiste y la sopa se enfría en los platos.

—¿Está muy mal Mariposa, Federico?

—Pero bueno, Balbino que haga algo. ¡No la van a dejar morir, me parece!

—Se hace lo que se puede —responde suavemente la madre.

Mariposa está peor. Respira apenas con un gorgorear enronquecido que agranda su cuello y tiene espuma en el borde del hocico. Los ojos brillan inmóviles. Ana Isabel se acerca y contempla en ellos, como en dos diminutos espejos, su rostro pequeño, sus trenzas atadas con lazos rojos. La tarde comienza a apagarse lentamente. Las estrellas se asoman a los rincones del cielo. Una araña hila, afanosa, entre las vigas...

Se la llevaron en carreta, lo mismo que había llegado. Pero ahora con su gran vientre inmóvil, sus dos ojos fijos. Las patas inertes, duras, encogidas. El lomo cubierto de moscas. Ana Isabel la miró partir agarrada de la falda de su madre, con los ojos secos.

—¡Qué se va a hacer, mi hijita! No pudo sanar. Vente conmigo, no la mires más. No vayas a llorar Ana Isabel.

Los dedos enrojecidos acarician los rubios cabellos. La brisa, preñada de lluvias, rueda por sobre las piedras levantando el polvo. Dos pájaros oscuros echan a volar.

Poco tiempo después, Lucerito también partía. La señora Alcántara barrió el corralón, lavó por última vez los cántaros de metal, con el agua de la pipa. Con gestos lentos, pausados, impregnados de mansa resignación, acompañó a Balbino hasta la puerta.

—Con una sola vaca no da resultado el negocio, Balbino.

¡Y tanta gente que deja de pagar! Otro día será...

Regresaron los isleños. Todo el día estuvo escuchando Ana Isabel el golpear del martillo que ajustaba las tablas. Elisa comenzó de nuevo a torcer las sábanas, a extenderlas, húmedas y blancas, sobre las cuerdas. Pero Ana Isabel no miraba ya al otro lado a través de las rendijas. Permanecía quieta junto al quicio de la puerta, recostada en las tablas. En el pasillo, el tinajero continuaba su canto sin interrupción, día y noche. Caían las gotas grandes, pequeñas, colmaban la tinaja. Los helechos reverdecían con su aroma de mañanas silvestres...

El toque de recreo sonó tardío para Ana Isabel que le aguardaba desde su llegada a la escuela. Las niñas irrumpieron al patio desconcertadas, como pájaros a quienes se les abre de pronto la puerta de la jaula. A poco comenzaron a formarse pequeños grupos y se organizaron juegos.

—Oye, tengo que hablar contigo.

Esperanza Caldera contempla ante sí el rostro decidido de Ana Isabel.

—¿Conmigo? ¿Qué tienes que decirme?

—Ven —responde lacónica Ana Isabel.

—¿Y para dónde quieres que vaya?

—Ven —responde de nuevo Ana Isabel—. Al patio de abajo, allí estaremos solas.

—Pero la señorita no quiere que vayamos al patio de abajo.

—Pero lo quiero yo —y los ojos de Ana Isabel tornáronse grises y metálicos.

Las dos niñas comenzaron a bajar en silencio por la empinada escalera. Abajo hacía frío. El piso resbaloso, grandes manchas verdáceas se extendían por sobre el cemento.

Ana Isabel se detuvo en el rincón más sombrío del patio.

Apiladas en el ángulo, canastas despanzurradas, la tabla de aplanchar recostada en la pared, maletas cubiertas de polvo y telarañas.

—Ahora —dijo Ana Isabel con voz seca— me la vas a pagar.

—¿A pagar qué? ¿Pero Ana Isabel qué tienes?

Esperanza Caldera empezó a temblar. Se hallaban solas en aquel rincón del patio sombreado por el muro de la casa vecina. Un olor a moho, a aguas estancadas. A lo lejos, se escuchaban los cantos de las niñas. Un sol desmayado de atardecer, alargaba sus últimos rayos por encima de los aleros.

—Me la vas a pagar.

Esperanza Caldera mira erguirse ante ella la figura de Ana Isabel, tanto, como si de pronto hubiese crecido. Siempre la ha mirado con desprecio a la pequeña Isabel, menuda, pálida. Pero ahora ¡aquel rostro blanco, abandonado de sangres! ¡Aquellos labios apretados y firmes!

—Tú la mataste, y me la vas a pagar. ¡Tú la mataste! ¡Tú! ¡Tú!

—Pero, ¿a quién maté? ¡Yo no he matado a nadie! ¡Estás loca Ana Isabel! ¡Suéltame!

Temblando se ha recostado en la tabla de aplanchar. Ana Isabel se yergue cada vez más. Esperanza Caldera siente su aliento muy cerca y el brillo de sus ojos relampagueantes.

—¿Que te suelte? ¡Me la vas a pagar! Te la tenía guardada desde el día en que se murió. Porque tú la mataste. ¡Toma! ¡Toma! ¡Tú la mataste! ¡Tú, tú!

Cuando la señorita baja corriendo la escalera, Ana Isabel continúa golpeando a Esperanza Caldera que yace por el suelo con el rostro cubierto de sangre.

—¡Pero qué es esto, niñas! ¡Ana Isabel vuelve en ti! ¡Qué es esto, Dios mío!

Las niñas también se precipitan escaleras abajo. La señorita las separa. Toma entre sus brazos a Esperanza Caldera y sube lentamente, uno a uno, los

peldaños. Ana Isabel marcha tras ella como autómata, los brazos inertes, caídos a lo largo del cuerpo.

Ante la mesa de la señorita, ante su mirada severa, persiste en su actitud sonambúlica. La señorita la sacude por los hombros con violencia.

—Pero habla, ¡responde! ¡Di algo! ¿Por qué has hecho eso, niña? ¿No te das cuenta de lo que has hecho? ¿Estás loca?

Ana Isabel fija los ojos en la mesa, en el mapa de Venezuela, el tintero, la regla...

—Pueden hacer conmigo lo que quieran —responde con voz blanca—. Pero ella fue quien la mató...

Y allá, muy lejos, algo se aquieta en lo hondo de Ana Isabel. Un melancólico mugido, un olor a pico y a boñiga, cantos entre las nieblas de la madrugada.

—¡Ponte Lucerito...! ¡Ponte Mariposa...!

LA PIÑATA

—Ana Isabel, ven a cogerte el pelo, que tienes esas chiflas muy lisas y vas a estar muy fea para la piñata.

Ana Isabel corre hacia el patio en busca de hojas de rosa. Las hojas verdes y duras, que estruja para sacarles el zumo y cogerse el pelo.

Esta tarde es la piñata. Ana Isabel no ha podido probar bocado pensando en la piñata. Ya la olla de tierra estará adornada con papel de seda de todos los colores y rizado con tijeras; ya estará llena de caramelos y galletas. Claro que será ella quien tumbará la piñata. ¿Con qué vestido irá? Tendrá que ir con el mismo de siempre, porque a pesar de haberle prometido que después de los exámenes le comprarían uno nuevo, no se lo han comprado. Luisa Figueroa y Esperanza Caldera irán vestidas de seda y con lazos de satén. Y Justina seguro que irá con su vestido rosado, un vestido tan lindo, que dan ganas de comérselo. Todas irán con trajes nuevos y ella siempre con el mismo vestido... Pero será ella la que tumbará la piñata, porque ella corre más que todas y tiene más fuerzas que todas. Cogerá el palo, que estará también adornado, igual que la piñata, con papel de seda rizado, y aunque tenga los ojos vendados marchará muy segura y... ¡pun!... ¡pun!, la piñata caerá al suelo. Ana Isabel se abalanzará y cogerá montones de galletas y caramelos...

Sí, será ella quien tumbará la piñata. Ya se lo ha dicho a Carmencita y a Perico. Carmencita no sabía lo que era una piñata; nunca ha ido a una piñata, Carmencita.

—¿Y por qué no vas esta tarde? Es ahí mismo, detrás de la plaza, casa de Teresita Rodríguez. Aquella niñita que juega con nosotros cuatro matas, ¿te acuerdas?

Pero Carmencita no responde. Tiene los ojos muy abiertos y mira con asombro a Ana Isabel.

—Te vistes de limpio, te peinas; no con moños, porque las niñas decentes no se peinan moños. Suéltate el pelo y ponte un lazo en la cabeza, yo tengo uno azul que te lo puedo regalar. ¡Sí vas a ir! Allí estaré y te espero en la ventana, ¿sabes?

Ana Isabel casi no ha podido almorzar tampoco pensando en la piñata.

—¡Si sigues así sin comer, no te voy a dejar ir a más fiestas, Ana Isabel! Miren qué niña ésta, cada vez que va a alguna parte no prueba bocado en todo el día. Aprende de tu hermanito.

¿Qué horas serán? Es la una. La una y la piñata es a las tres. Cómo pasan lentas las horas. Ana Isabel se pasea por el patio. Le echa migas de pan a los pececitos. Mira las hormigas que van y vuelven afanosas. Se sube al tejado, se vuelve a bajar. Se mira al espejo, tiene el pelo cogido. Catorce moñitos. Pero todavía tiene el pelo húmedo y si no se le seca no quedará rizado... Tendrá que ponerse al sol para secarse el pelo. Ana Isabel vuelve al patio y se tiende en la tierra junto a la mata de corazón. La mata de corazón está floreada. Florecitas rosadas con un centro amarillo, pequeñito. A Ana Isabel le encanta comerse las flores del corazón, saben a caramelos acidulados, esos caramelos redondos que parecen metras.

¡Qué dura está la tierra! Dura y seca porque no ha llovido. ¡Cómo le gusta a Ana Isabel tenderse en la tierra! Pero, ¿acaso le gustaría dormir en la tierra? ¿Sí, dormir, y no tener su camita tibia y blanda? Dormir en la tierra como duerme Pepe el monaguillo, envuelto en periódicos cuando hace frío... No,

no le gustaría dormir en la tierra. Y a Pepe seguro que tampoco le gusta. Tal vez Pepe querrá una camita como la de ella, una camita tibia y blanda.

Esa camita se la compró su papá, y Pepe no tiene papá. Es decir, sí tiene, pero es como si no lo tuviese. Ana Isabel pensaba que Pepe no tenía papá. En el rancho de San José del Ávila no está sino la comae Rosario, la mamá de Pepe. Rosario que está siempre enferma, siempre tosiendo y tan flaca, que Ana Isabel piensa que no podrá tenerse en pie por mucho tiempo. ¡Sin embargo, trabaja tanto Rosario! Muele el maíz para las arepas, y hace granjerías que Pepe vende por las tardes. Majarete y conserva de coco. Ana Isabel quisiera comer el majarete y la conserva de coco de la comae Rosario, pero la señora Alcántara dice que ésos son unos dulces muy sucios, hechos en ese rancho que es una pocilga. Pepe le regaló un día un pocillo de majarete y conservas de coco en hojas de naranja. Ana Isabel lo comió todo a escondidas de su madre y al día siguiente tenía fiebre y le dolía el estómago.

—Quién sabe qué porquerías habrá comido esa niña por la calle —repetía la señora Alcántara.

Sí, Ana Isabel ignoraba que Pepe tenía papá, pero una tarde cuando jugaban cuatro matas en la placita, pasó un hombre de alpargatas, vestido de kaki y con pajilla. Pepe dejó de correr y muy serio le pidió la bendición.

—Dios me lo bendiga. Guá, ya va a sé un hombre... Y como que va a sé macho como yo —y el hombre miró con malicia a Ana Isabel.

—Tome este bolo pa su mamá, ¿sabe?

El hombre alejose riendo y Pepe se quedó parado en medio de la plaza con la moneda en la mano.

—¿Quién es ése? —preguntó Ana Isabel.

—Mi papá.

—¿Tu papá? ¿Y por qué no vive contigo?

—Guá, allá él. ¿Qué voy a sabé yo? Allá él. Allá él...

Y Ana Isabel piensa que los pobres, los pobres de verdad, no como ella, como Ana Isabel, sino los pobres como Perico y Carmencita, como Eusebio,

Pepe el monaguillo, y Petrica, la hija de Domitila, y Eladio, el que vive quebrada abajo... los pobres de verdad verdad, casi nunca tienen papá. Petrica, la hija de Domitila, no tiene papá, ni Eladio tampoco, ni Eusebio, ni Encarnación, el hijo de Concha. Los pobres no tienen papá; sólo tienen mamá. La mamá que lava, que pila, que hace arepas, que carga agua... ¿Por qué los pobres no tienen papá?

Ana Isabel le ha preguntado a Gregoria. Gregoria no tiene «pepita» en la lengua y siempre disipa las dudas de Ana Isabel. Pero hoy Gregoria se ha quedado callada, soplando los carbones rojos y levantando una nube de cenizas que empolvan los cabellos dorados de Ana Isabel.

—¿Es casada Rosario? ¿Y Domitila y Concha? ¿Por qué los papás de los pobres no viven con ellos?

—Mire niña, pa casase se necesita plata, y los hombres no se casan con las pobres. ¡Pa qué se van a casá, pué!

—¿Pero entonces cómo tienen hijos, Gregoria, si no son casados?

Esta vez Gregoria no ha salido de su mutismo. Los carbones se encienden más y más, y el sombrero de cogollo que sirve de soplador a Gregoria, se dobla, se cimbra, se arrastra por encima de la hornilla y el resplandor del fuego ilumina la carita pequeña y delgada de Ana Isabel.

—¡Niña, ven a vestirme que ya son las dos y media!

¡Las dos y media! Tendrá que vestirse volando, porque de lo contrario llegará tarde a la piñata.

Ya Jaime está casi vestido, sólo le falta anudar las trenzas de sus zapatos, pero se empeña en hacerlo por sí mismo, puesto que es un hombre, ¡un palo de hombre!

—No te sueltes los moñitos todavía, Ana Isabel, espera hasta el último momento y así el pelo estará más rizado.

Pero Ana Isabel está impaciente por verse en el espejo con el cabello rizado y su lazo de moaré. ¡Su vestido está tan blanco! Huele a limpio, a jabón, tiene ese perfume tibio que deja el hierro de aplanchar. La señora Alcántara lo ha

lavado ella misma y aplanchado uno por uno los encajes y los embutidos. Ana Isabel casi se atrevería a decirse linda a sí misma, al verse con su vestido tan fresco y su pelo rizado.

En la casa de los Rodríguez han desocupado el corredor y colgado la piñata de una vigueta. Los muebles del corredor yacen alineados en la galería; en un butacón está sentada la abuela de Teresita. Es tan vieja que casi no ve; le lloran los ojos pequeñitos y le tiembla la barba. Está instalada en sitio de honor frente a la puerta de la galería. No quiere perderse de la piñata.

—Misia Teresa, tenga cuidado con esos muchachos, son tan tremendos que le pueden dar un palo.

—Sí, mejor es que se arrime más adentro, mamá, usted está ya muy mayor y los muchachos no tienen que hacer con nadie con la fulana piñata.

—¡No niña, déjenme aquí! ¿Qué cuestión es ésa?

—¡Ah! Aquí están los Alcántara. ¡Qué niño tan lindo! Mire mamá, qué niño tan lindo. Póngase los anteojos para que lo vea bien.

—Son los hijos de Federico Alcántara, el pobre Federico siempre tan enfermo...

—Teresita, enséñale tus regalos a Ana Isabel, y vengan pronto que ya vamos a empezar a tumbar la piñata.

Las ventanas de la sala están abiertas de par en par, llenas de chiquillos agarrados de los balaustres.

Tras los chiquillos hay mujeres mugrientas, descalzas, con niños en los brazos. Todos quieren ver tumbar la piñata. El zaguán está también lleno de muchachos andrajosos que alcanzan a asomar la cabeza hacia el corredor.

Los niños corren por el patio entre matas de crotos y rosas variantes, aplastando las violetas que bordean los trozos de tierra sembrados.

La señora Rodríguez con un pañuelo en una mano y en la otra el palo con su mota de papel rizado en la punta, hace desfilar a los niños.

—Primero tú, mi amor. Venga mi encanto, para taparlo...

—¡Dale las tres vueltas!

—¡Una, dos y tres!

¡¡Pun!! ¡¡Pun!!

—¡Más arriba! ¡No, más abajo! Dale duro, Henriqueta... ¡Dale duro!

—¡Ahora Felipón! Ese Felipón es capaz de tumbarla. ¡Con fuerza, Felipón!
¡Dale, dale duro!

—¡Cuidado, niña! ¡Apártate!

—¡Quitate de ahí, Ana Isabel, que te van a dar un palo!

La olla de tierra, a pesar de que se compra averiada para la piñata está todavía intacta. El papel de seda cuelga en jirones y comienza a tener un aspecto lastimoso.

Esperanza Caldera que casi siempre tumba las piñatas esta vez no ha podido.

Luisa Figueroa también le ha dado muchos palos y la olla se ha balanceado de lo lindo, pero continúa sin romperse.

—¡Ahora Ana Isabel! ¡Ahora tú, Ana Isabel!

¡Qué oscuridad! ¿Por qué le habrán puesto ese pañuelo tan apretado? Si pudiera ver un poquito, tan sólo un poquito...

—¡No hagas trampa, Ana Isabel! Ana Isabel está haciendo trampa, se está levantando el pañuelo.

—Ven acá, Ana Isabel...

La señora Rodríguez aprieta más fuerte el pañuelo sobre los ojos de Ana Isabel. Las tinieblas se pueblan ahora de estrellitas luminosas, de gusanitos dorados y rojos que se ensanchan y se convierten en grandes círculos.

—¡Las tres vueltas, las tres vueltas!

—Una, dos y tres...

Y Ana Isabel se adelanta a tientas en medio de sus tinieblas, con el palo en la mano y la cabeza levantada.

¡Pun! ¡Pun!

—¡Más arriba! ¡Más arriba! ¡No, más allaíta!... ¡Un poquito más abajo!

—¡Ahí! ¡Ahí! ¡Dale Ana Isabel, dale duro!, ¡ahí, ahí!...

Una lluvia de galletas, de caramelos, de trozos de tierra cocida. Los niños se estrujan, se aprietan, se arrastran, ríen y lloran con la boca llena.

—Yo cogí más que tú.

—Qué va, porque tú no tienes pito.

—¿Que no tengo pito? ¿Y éste, pues?...

—¿Cogiste un durazno, Ana Isabel?

—¿Un durazno? Y caramelos y galletitas... Yo cogí más que todos y además fui yo quien la tumbó...

—Vamos a jugar al venado.

—No, Doñana es mejor.

—¿Quién es Doñana?

—Yo...

—Yo, yo...

—Vamos a la huerta del tontorongil

a ver a Doñana cortar el perejil...

—Ahí te buscan, Ana Isabel.

¿La buscan? ¿Pero quién puede ser? Será para felicitarla por haber tumbado la piñata. Le darán tal vez un premio. Un cuento de Calleja, un bebé de celuloide, una perinola... Los ojos de Ana Isabel brillan y tiene las mejillas encendidas.

—¿Quién será?

—Carmencita...

¿Pero cómo había olvidado que había prometido esperar a Carmen?

Carmencita está allí, en la puerta. Tiene el cabello suelto, un cabello negro, sedoso, que cae en anchas ondas sobre los hombros, y un lazo azul, el lazo de Ana Isabel, sujetándole uno de los rizos. Está vestida con traje de percal y unos zapatones negros con la punta raspada.

—Entra Carmencita, entra —Ana Isabel la toma de la mano y la arrastra hacia el corredor.

Carmencita no se atreve a dar un paso. Se siente cohibida. Con casi todas esas niñas ha jugado por las tardes en la plaza, pero no parece que fuesen las mismas. ¡Están tan vestidas! Allá viene la señora Rodríguez.

Carmencita quisiera echar a correr, pero siente los pies pesados, duros, como de piedra...

—Ven acá, Ana Isabel...

La señora Rodríguez lleva a Ana Isabel hacia un rincón del comedor y habla en voz baja, muy de prisa. Sí, ella sabe que es muy buena Carmencita, pero no es amiga de Teresita. Y hoy es el día de su santo y su papá le ha dado esa piñata para sus amiguitas. Para que todas se diviertan y jueguen muy fundamentales...

—¿Que no es amiga de Teresita? Pero si juega con ella todos los días en la plaza.

—Sí, juega en la plaza... Pero no es lo mismo. Además, no se sabe quién es su mamá ni su papá...

—¡Claro, si no tiene mamá! ¿Y su papá? ¿No voy a saber quién es? ¡Pero si es Ruperto, el carbonero!

—Sí, mijita, pero no puede quedarse en la fiesta. No puede, mijita... Cuando seas grande comprenderás.

Carmencita no se ha movido. Su cabello, sedoso, brilla con la luz anaranjada de la tarde y tiene reflejos azules sobre el traje de percal.

—Cuando seas grande comprenderás...

Todavía no es grande Ana Isabel, pero ya ha comprendido. Tendrá que decirle que se vaya. Pero no podrá hacerlo.

Se le secan las palabras entre los labios como en los días de los exámenes.

—Carmencita...

Ana Isabel la toma tímidamente de la mano. Está fría la mano de Carmencita y tiembla.

—Yo me quiero ir pa mi casa...

Las niñas se han acercado y comienzan a rodear a Carmencita.

—¿Qué pasa?

—Una negrita que Ana Isabel quería meter para adentro —dice Luisa Figueroa.

—¿Negrita? ¡Pero si Carmencita es blanca!

—Yo me quiero ir pa mi casa...

—Espérate, Carmencita. Toma... Caramelos, galletas...

—Toma más, más caramelos, toma...

¿Y el durazno? ¿Habrá que darle también el durazno? Qué tibia y perfumada es la piel del durazno. Tiene una pelusilla suave que dan ganas de acariciar. Hace tiempo que Ana Isabel no come durazno, y éste es tan hermoso. Nunca ha visto uno así Ana Isabel, tan hermoso y sonrosado. Seguro que estará dulce y jugoso, tanto, que al morderlo el jugo le correrá por el rostro, le llenará las manos... ¡Pero Carmencita tiene los ojos tan tristes!...

—¿Nunca has comido durazno, Carmencita? Mira, éste es grandote. Tómallo...

La tarde se enciende en rojos y violetas. La tarde doliente. Carmencita va corriendo por la tarde. Corre por las calles angostas, por las calles de piedra. Allá está la plaza, hay que llegar pronto. Allá están las copas de los árboles. Ya se escuchan las campanas de la iglesia que llaman al mes de María. Y el mes de María es el mes de mayo, el mes en que las marías están floreadas y la hierba se alfombra de capullitos rojos que caen girando.

Allá están las copas de los árboles...

Allá va Carmencita corriendo. Ya sube los escalones, ya atraviesa la plaza, pisa la hierba, las flores rojas de las marías y las manchas algodonosas de la ceiba.

La tarde cae desde el Ávila oscuro, desde la torre de la iglesia, desde las altas copas de los árboles. La tarde cae, se tiende en la hierba y envuelve la plaza, la placita de la Candelaria...

La tarde cae y una chiquilla desolada va corriendo a través de la tarde...

EL DELIRIO

—A ver, niña, ¡abre la boca! ¡No seas tan malcriada Ana Isabel! Aprende de tu hermanito que nadie lo siente cuando se va a tomar una medicina. ¿Por qué todo ha de ser tan difícil contigo? Anda, abre la boca.

Pero Ana Isabel continúa con los dientes muy juntos y los labios cerrados.

—¿Para qué te atracaste de conserva de coco? Te he dicho más de mil veces que esos dulces son muy cochinos. Tú tienes la culpa de haberte enfermado. Anda, mi hijita, tómate el purgante. No llores, Ana Isabel, con llorar no ganas nada. Tómate el remedio.

Una semioscuridad reina en el cuarto. Es de día y fuera brilla el sol fuerte, pero dentro la penumbra apenas permite que se destaquen los objetos familiares.

—Bueno, entonces tendrás que tomártelo a la fuerza. Voy a llamar a tu papá para que te agarre y te abra la boca.

El vaso, la cuchara, la rueda de naranja... Todo está bañado de una luz tenue y cariñosa. En la casa hay un silencio que envuelve todas las cosas, hasta la voz de su madre parece que estuviese empapada de silencio.

—¡Quién sabe si será lechinas lo que tiene esta niña! Y esto le pasa por estar jugando con esos muchachos sucios y andrajosos. Carmencita, la hija del

carbonero, dice Estefanía que está con lechinas y tú te la pasas jugando con ella.

¡Lechinas! ¿Tendrá ella lechinas? ¡Ay qué frías y qué calientes tiene las manos! La lechina es como la viruela, se llena el cuero de grandes ronchas rojas. A la tía de Eladio le dio viruelas y por eso tiene todo el rostro lleno de hoyos profundos. Y es fea, muy fea, la tía de Eladio. Quebrada abajo donde vive Eladio, no se enferman más que para morir. Anita, una chiquilla muy pálida que vivía junto a Eladio, murió una mañana cuando calentaba el sol. Eladio se lo dijo a Ana Isabel al pedirle flores para la muertecita. Ana Isabel había cortado heliotropos y maravillas y hasta una rosa, sin permiso de su madre.

¡Qué solo y qué grande está el cuarto! ¡Cómo crujen los muebles! ¡Parece que hubiese alguien dentro de ellos! ¿Pero, qué ruido es ése? No es el agua, no es el chorro de la pila. Es más fuerte, ronco, pesado, como de tierra...

En lo alto de la ventana se ha abierto un postigo. Habrá que pararse sobre la cama para mirar al patio. El patio con su pilita en el centro y el Cupido de cemento. Y los pececitos colorados con los que Ana Isabel y Jaime se entretienen lanzándoles migas de pan. El patio con su trinitaria roja, tan roja que encandila. Y la palma de sagú, matas de corazón y de guayaba y aquella alta que es de malagueta.

Fuera brilla fuerte el sol y el agua de la pila debe estar tibia. ¡Qué delicia sumergir las manos, las manos que queman, en el agua tibia! Oprimir el vientre prensado de las flores de agua que suenan como un tiro muy pequeño y asusta a los pececitos que duermen bajo ellas. Qué delicia bañarse con totuma a la orilla de la pila como lo hacen ella y Jaime cuando la han lavado y el agua está limpia y asoleada. Bañarse con totuma a la orilla de la pila, y mojar su cuerpo hirviendo en agua fresca y cristalina. Sumergir las manos en el agua tibia. Ver cómo tiemblan y tiritan los pececitos. Sentirlos deslizarse entre sus dedos delgados y calientes. Verlos resbalar húmedos, brillantes. Apresarlos suavemente con ternura y extenderlos ¡frescos! sobre su mano de fuego...

Una tarde Ana Isabel había extendido sobre su mano un pescadito. Se lo había regalado Pantaleón el boticario. Pantaleón, siempre flaco y soñoliento entre letreros en latín. La botica tenía una baranda de madera y casi siempre estaba llena de hombres y mujeres que acudían en busca de medicinas. Mujeres sucias, piojosas, con hojas de llantén cubriéndoles las mejillas, que pedían medio de creosota y se quejaban de pasmo y dolores de muelas. También había chiquillos que corrían y se agachaban pasando por debajo de la baranda y Pantaleón, sacudiendo la bata, gritaba para espantarlos, no sin antes darles una gomita amarilla y redonda que los chicos masticaban golosos.

Todos los días Pantaleón levantaba la baranda para dar paso al señor Ramírez, quien vivía en la esquina de El Platanal, vestido de negro, con dientes orificados y una verruga en la nariz. El señor Ramírez venía a hablar por teléfono.

Ana Isabel también se agachaba y se escurría por debajo de la baranda para mirar a Pantaleón trasegando líquidos verdosos en grandes y largos vasos con los ojos lagrimeantes y enrojecidos.

A veces, la botica estaba sola. Sobre la baranda no golpeaban con las monedas en espera del servicio. Era la hora de la siesta, la hora caliente en que el tranvía bajaba vacío y el motorista daba vueltas a los manubrios taconeando y haciendo sonar la campanilla. Entonces Pantaleón se subía a un taburete muy alto, se acomodaba los anteojos bostezando y escribía con su hermosa letra cursiva las etiquetas. Escribía nombres evocadores, nombres coloreados, como los cuentos de las *Mil y una noches*: «Tintura de lobelia...», «Aceite de alucema...».

Ana Isabel, recostada en la baranda cerraba los ojos. Un olor a colodión, a yodo, a cloroformo... Un olor a vendas y a heridas. A caídas en patines, a cabezas golpeadas...

Ana Isabel cerraba los ojos y los abría de nuevo para mirar los frascos de azúcar cande, la pasta de goma pulposa y caliente.

Era de gelatina el pescadito que le había dado Pantaleón. Gelatina roja y transparente, tanto, que Ana Isabel había podido mirar al través a Pantaleón estrujándose los ojos. ¡Un pescadito de gelatina! Ana Isabel había frotado las manos la una contra la otra, para calentarlas, siguiendo el consejo de Pantaleón y luego había extendido el pescadito sobre su mano caliente. ¡Cómo levantaba la cola y movía la cabeza con sus ojillos verdes y redondos!

—¡No saltes así, niña! ¡Estate quieta!

¡Saltar, deslizarse como los peces! ¡Un pescadito de gelatina! ¡Agárralo, Ana Isabel! Pescadito, rabi-candela, colita plateada, ojos azules, boquita colorada...

¡Qué oscuro está el cuarto! Habrá que pararse sobre la cama para mirar el patio. Pero no es el patio lo que se ve desde el postigo, son las copas de los árboles de la casa de al lado. Es la mata de magnolia que está floreando. Vicente le ha dicho que están cuajando los botones de la magnolia y que al abrirse la más hermosa y perfumada, ha de ser para Ana Isabel. Habrá que trepar muy alto para alcanzarla. ¡Muy alto Ana Isabel! Mira cómo el viento la mece, mira cómo el viento la dobla. Y es el viento que trae ráfagas de perfume, un perfume intenso que embriaga, y adormece... Y crecen sus pétalos de leche, sus pétalos de carne, y crecen también los pájaros. ¡Hay pájaros gigantes en las copas de los árboles!

Pero no es la mata de magnolia, es la ceiba, la ceiba de la placita que está todavía nevada y hace frío. Abajo hay sol y están jugando al gárgaro. ¡Gárgaro malojo que te pica el ojo! ¡Cuidado con caerse! Jugando al gárgaro se cayó Perico y lo llevaron cargado a la botica chorreando sangre. Pantaleón le había puesto una cura y Perico no pudo correr en muchos días. Sentado a la sombra, sobre las raíces viejas y callosas, miraba a los otros saltar...

Pero no es nieve, es algodón. Es algodón de la ceiba, y Ana Isabel tiene llenas las manos, la boca, los ojos, y no puede mirar... Pero escucha, escucha el viento que ruge, el viento que silba... Allá va Carmencita corriendo. Ana Isabel la grita, pero no tiene voz. Su voz se ha quedado en lo alto, entre las ramas, entre la nieve, entre la noche. ¡Noche oscura de fiebre! ¡Noche de su cuerpo caliente,

de sus ojos sin sol! ¿Dónde está el sol? Carmencita se ha vuelto pequeña junto a la hierba, junto a la tierra morena, pero Eusebio está aquí. Está cantando. ¿Qué está cantando Eusebio? Canta una canción que crece con el viento. Una canción de mar. Ana Isabel no conoce el mar pero Eusebio canta una canción de mar con peces, con algas y caracoles sonoros...

—¡Niña, estate quieta! ¡Deja las manos quietas Ana Isabel!

¡Sus manos! ¡Sus manos que nunca podrán estarse quietas! Sus manos que vibran, que palpitan. Sus manos que escarban, que aplastan terrones y lanzan pulidos guijarros. Sus manos que acarician su muñeca más grande que se llama Frú-Frú y tiene zapatos de charol con hebillas plateadas...

—¡No te muevas tanto, Ana Isabel! ¡No des patadas, niña! ¡Deja las piernas tranquilas!

¡Sus piernas ágiles, inquietas! Sus piernas con que corre hasta el barranco y baja a la quebrada. La quebrada es delgada, pero cuando llueve se ensancha y hermosea, tanto, que Ana Isabel se dice que es un río y piensa que está cruzando un puente al pisar las piedras babosas de musgo. Arriba está la sabana con una paja alta llena de flores amarillas y mariposas de color. En la quebrada crece la verdolaga y Ana Isabel se acuesta boca arriba mirando al cielo hasta marearse. Cuando sopla brisa fuerte el cielo está surcado de papagallos con estrellas, con lunas, y triángulos desiguales recortados con tijeras. La tía de Eladio, que tiene una voz ronca, da gritos llamándolo y Eladio sube por el barranco dando chinazos y estrujando los bejucos.

—¡Anda mi hijita, abre la boca!... ¡Chúpate la naranja!

¡Naranjas!, ¡naranjas verdes, amarillas! ¡Caramelos de naranja! ¡Naranjas redondas! La tierra es redonda como una naranja. Naranjas anaranjadas. Anaranjadas como el sol de los araguatos. Anaranjadas como el arco iris. ¿Está lloviendo? Cuando llueve sale el arco iris. Por el postigo no se puede mirarlo, porque Pantaleón está asomado a él. Pantaleón tiene una cara enorme, inmensa, que ocupa todo el postigo. Tiene los ojos muy abiertos mirando fijamente a Ana Isabel. Unos inmensos ojos lagrimeantes. Está llorando. Llor

con lágrimas espesas y brillantes, como esos fuegos artificiales que encienden en la plaza las noches de retreta y suben alto, desgranándose arriba, junto a la torre de la iglesia. Pero no está llorando Pantaleón, se está riendo y abre tanto la boca que parece un túnel oscuro y profundo. Un túnel muy negro por donde pasa el tren. «Poco a poco Míster Payer que se acaban los carbones...» «Poco a poco Míster Payer que se acaban los carbones...» «Poco a poco Míster Payer que se acaban los carbones...» Un túnel negro y oscuro. «Oscura está la noche», canta Estefanía. ¡Tengo miedo Estefanía! ¡Esta niña siempre con sus miedos! ¡Es el diablo, el diablo que se la va a llevar! ¡Es el diablo que está asomado al postigo!

—¡Qué sudar mi hijita! ¡Duérmete para que te pase la fiebre! Te voy a cantar «Los Cochinos»...

Fuera debe ser de noche. Noche fría y azul. Noche grande de patio, desparramada sobre la pila, espolvoreada de luna sobre la palma de sagú. Noche pequeña de su cuarto, de su cama mullida. Pequeñita noche que cabe en el cuenco de su mano cerrada...

—Estás empapada en sudor, Ana Isabel... Duérmete mi hijita, duérmete...

Ahí van los Cochinos al cañaveral

Atájalos muchacho, atájalos muchacho

Que van a josá...

SE MURIÓ EL NEGRITO EUSEBIO

—¡Mira que te caes, Ana Isabel! Esta niña ha salido de la enfermedad con las piernas temblorosas.

Ana Isabel camina poquito a poquito. Ya se encuentra a la puerta de la galería. Unos pasos más y podrá agarrarse del copete de la cama de su madre. Un paso, otro, otro pequeñito. Ya va cobrando seguridad.

—¡Qué largas tiene las piernas! ¡Cómo ha crecido! Razón tiene su madre.

—¡Esta niña con la enfermedad se ha dado un estirón! La puerta de la galería está abierta de par en par y el patio inundado de sol, un sol caliente que achicharra la tierra y retuerce las hojas de la magnolia hasta tornarlas rojas y tostadas.

Ana Isabel camina despacito como si tuviese miedo de llegar. Ya está junto a la cama. Ya toca con las manos el copete tallado con hojas, frutas y arabescos redondos y simétricos. La luz cae sobre la madera arrebolándola con reflejos bruñidos que tienen el color del cobre. Ana Isabel mira sus manos. ¿También habrán crecido sus manos? ¿Han sido siempre así, tan largas y tan finas? Y esas uñas sonrosadas que asoman por encima de las yemas de los dedos como las de Amalia, la hermana de Cecilia, que se pasa las horas lustrándolas con una piel de gamuza.

¡Sí, claro que ha crecido! Su cabeza asoma ahora por encima del copete de la cama. Seguro estará más grande que Cecilia y que Justina y hasta que Esperanza Caldera quien cree que nadie podrá llegar nunca a ser tan alta como ella.

—¿Te vas a quedar allí recostada en la cama, Ana Isabel? ¿No te dije que salieses al patio a tomar un solcito? ¡Caramba con esta niña que desde que se levanta comienza a no obedecer!...

Ana Isabel continúa inmóvil, de espaldas al patio. Mira la colcha de pábilo, tejida al crochet, que ha tejido su madre por las noches junto a la lámpara del comedor. ¡La cama grande! ¿Habrá crecido tanto Ana Isabel que ya comienza a recordar de cuando era pequeñita? ¡La cama grande! ¡Colmada de misterios para ella y Jaime!

De madrugada despertaban y corrían con los pies desnudos sobre el cemento.

—¡Un momentico nada más, mamaíta linda! ¡Un ratiquito!

—¡Si ya va a ser la hora de levantarse, niños! Ya su papá se está bañando. Tengo que ir a hervir la leche para el desayuno...

Pero Ana Isabel y Jaime se apretujaban junto al calor de la madre; la mañana crecía espolvoreando de rosa y malva el patio. Los pájaros picoteaban las guayabas y sacudían las alas volando de una rama a otra. El gallo de la casa de Otilia cantaba con un canto ronco y trasnochado. Un gallo pataruco y copetón, que se pavoneaba en el corral, arrebatando gusanos a las gallinas. Estefanía cargaba agua en el lebrillo. Las carretas crujían por la calle y a poco se escuchaban los cascos del burro del panadero y a éste golpear sobre la tapa del barril con un chaparro.

—¡El pan! ¡El pan!

—Ya ven, ahí está el pan. Van a ser la seis.

La madre se levantaba y entonces comenzaba a vivir realmente la casa grande. En veces era un río, las almohadas una piragua y ella y Jaime bogaban río abajo chapoteando y cazando caimanes y culebras de agua.

—Anda, que te coge la culebra. Anda, que te coge el caimán...

Torcían las sábanas y las arrollaban alrededor del cuello y de los brazos.

—Que te coge la culebra, que te coge, que te coge...

Otras veces la cama grande era todo un mar. El mar Caribe. Ana Isabel y Jaime eran corsarios. El corsario negro, el rojo, el amarillo... La tormenta se acercaba, el viento rugía, las olas batían y se encrespaban.

—¡Que vamos a zozobrar! ¡A babor! ¡A estribor!

—¡Naufragio! ¡Naufragio!

—¡Pero niños, que me van a echar a perder los resortes de la cama! ¡En esta casa no dura nada con ustedes! ¡A bajarse de ahí y a levantarse que ya son las seis y media!

Jaime corría y Ana Isabel ocultaba la cabeza bajo las sábanas aguantando la respiración. Su madre se marchaba a la cocina a hacer fuego. Ana Isabel escuchaba el golpear del machete sobre las rajas de leña. El sol había subido tanto que todo estaba claro. Ana Isabel entornaba los ojos mirando hacia el patio y luego miraba al techo. Cuando llovía el techo se llenaba de goteras y había que colocar en el suelo una palangana de peltre para contener el agua que caía desde arriba. Las goteras humedecían el techo con grandes manchas oscuras y luego al secarse, quedaba todo tatuado como un mapa, con ríos, montes, descomunales monstruos que hacían guiños y figurillas que sonreían picarescamente. Ana Isabel, desde la cama, los ojos fijos en el techo, olvidábase de su madre, del patio, de su hermanito Jaime, de las implacables manecillas del reloj que marcaban fatídicamente la hora de la escuela.

En medio del techo había un lago con cisnes, cocodrilos y grandes rocas. Un elefante enrollando con la trompa una manzana, semejante al que viera en el circo una mañana que su padre los había llevado. ¡Y la cara de payaso con la boca desdentada como la de Pantaleón el boticario! Y el perro flaco y huesudo, más grande que Chucuto sin duda, pero más pequeño que Bob el perro de Justina. Tenía las orejas paradas y la lengua afuera. Después de la lluvia, Ana Isabel vigilaba el techo por ver «qué había salido». Una tarde, luego de un fuerte aguacero, el elefante se desparramó, tanto, que casi se convirtiera en un lago también pero había surgido junto a él un loro en un

aro de barril, en todo igual al de la pulpería de la esquina que gritaba a los transeúntes:

—¡Corrrrrre! ¡Corrrrrre!

¡La cama grande! Ana Isabel siente deseos de tenderse sobre ella como entonces, de acunarse como cuando pequeña, de sentir el calor de su madre, escuchar la risa de Jaime. No puede con las piernas, ni con las manos temblorosas. No puede abrir los ojos porque el sol la golpea y el viento vuelca hacia atrás sus cabellos y le enfría la punta de la nariz.

—¡Anda mi hijita, a tomar un solecito que ya te voy a traer tu almuerzo! Acuérdate que es el primer día que sales afuera y tienes que recogerte temprano.

—¡Vamos a jugar, Ana Isabel!

La voz de Jaime le parece otra, más fuerte, más sonora. ¿Habrá crecido Jaime? ¿Cuánto tiempo ha estado enferma? Veinte días dice su madre.

—¿Quieres que te dé la mano, Ana Isabel?

¡Qué distinto está el patio y qué raro! ¿Estará más grande? ¿Más pequeño? El sol llega ahora hasta la madreselva y hasta lo alto de la celosía. Y la pila ¡qué llanita!

—¡El pescado grande se murió, Ana Isabel! Aquel que era el más tragón, ¿te acuerdas?

¡Se murió el pescado grande! Y ella también ha podido morir y no estaría allí, junto a Jaime, en el patio de su casa...

Allá está Estefanía, con su pañuelo anudado a la cabeza, su delantal hecho de retazos y su labio caído en forma de pichagua. ¿Por qué también ha de hallar distinta a la vieja Estefanía? ¿Acaso no es la misma vieja negra de siempre? La que la lleva a la escuela, la que le narra historias de muertos, ¡la vieja Estefanía!

¿Por qué ha de encontrar todo extraño, el patio, Jaime, y ella misma como si fuese otra?

—¡Cuidado Ana Isabel que allí hay un avispero!

¡Un avispero! ¡Si en la palma de sagú no ha habido nunca un avispero! Es cierto que en el patio revoloteaban siempre las avispas, por sobre las matas de

corazón y las guayabas maduras, pero en la palma de sagú no ha habido nunca un avispero. Trabajan de prisa las avispas. Han hecho su casa en la copa de la palma, una casa dura y apretada. Contra el cielo, contra el sol, pasan las avispas vibrando las alas. Jaime se ha sentado a la sombra de la malagueta y construye con tierra montoncitos iguales que semejan diminutas colinas. Se oculta el sol momentáneamente tras las nubes. El patio se vuelve de pronto fresco y acogedor.

—Siéntate Ana Isabel. ¿No vamos a jugar, pues?

Ana Isabel se sienta y acaricia la tierra con las manos. Toma un puñado y lo desliza por entre los dedos separados.

—Oye Ana Isabel, allá viene el alfondoque. Ya van a ser las doce.

Por la calle de abajo de la plaza se escucha el grito que crece lentamente.

—¡Alfondoque! ¡De la Elvira el alfondoque! ¡De queso, anís y ajonjolí!...

Ana Isabel piensa en la Elvira. ¿Será negra como Estefanía y como Domitila? ¿O blanca y pecosa como Amelia? Tendrá los ojos pequeñitos de tanto mover el melao junto al fogón. Tal vez habrá chiquillos a su alrededor que le pedirán la paila para rasparla, como acostumbran ella y Jaime cuando su madre hace jalea de mango.

—¡De Guatire el alfondoque!...

Es de Guatire la Elvira, como las conservas de cidra y el azúcar moreno.

—¡De queso, anís y ajonjolí!...

El grito largo, cadencioso, vuela a través de la plaza soleada y crece de pronto.

—¡Ana Isabel, ven que ya está servido tu almuerzo!

¡Su almuerzo! Casi había olvidado que tiene hambre, que va a ser una delicia el comer levantada y vestida como antes, ¡como hace tanto tiempo!

—¡Ven que se te enfría el caldo!

Su madre le ha traído una taza de caldo caliente, humeante con una ramita de yerbabuena, ruedas de pan tostado y un huevo tibio abotonado.

—¡Ay! ¿Por qué Ana Isabel va a comer huevos y yo no?

—Pero niño, ¿no ves que ella está enferma?

—Sí, enferma, cómo no... A ella siempre le dan todo y a mí nada... ¡Regálame el botón, Ana Isabel!

El perfume de la yerbabuena se esparce por el comedor. Ana Isabel lo aspira con los labios entreabiertos. Se siente como recién nacida. Como si viniese de un lejano, remoto país adonde no ha de regresar. ¡Qué bajita está la mesa y ella qué alta! El mantel es el mismo, a cuadros blancos y azules, pero Ana Isabel le pasa las manos repetidas veces por encima como si lo tocase por la primera vez. ¡Y los frascos del convoy! El del vinagre, el del aceite, cuya tapa quebrara Jaime un día reemplazándola su madre por una más pequeña que se hunde hasta muy adentro. La azucarera con un asa desportillada. La cuchara honda donde Ana Isabel mira su rostro con la boca hacia arriba y los ojos hacia abajo.

—¡Come niña, que se enfría!

La trinitaria ha perdido sus hojas y sólo tiene flores. ¡Tan rojas! ¿Han sido siempre así?

Jaime ha colocado su silla junto a la mesa, frente a Ana Isabel, para verla comer.

—Me das el botón, ¿sabes?, ¿por qué no comes Ana Isabel? ¿En qué estás pensando?

¡En qué está pensando!, ¿podría acaso decir en qué está pensando? En los ruidos de la casa. En Gregoria que sopla junto al fogón, en su madre pedaleando en la máquina de coser. En el canto de Estefanía, en el cemento recién barrido, limpio y brillante. En las paredes encaladas, en las ventanas golpeadas por el viento... ¿Podría acaso decir en qué está pensando? En los ruidos de la calle. En pasos de seres que no conoce y que se pierden al cruzar la esquina. En perros macilentos que corren moviendo la cola, en ariscos gatos que saltan los tejados y maúllan lastimosamente. En los árboles. En la plaza. En la placita de la Candelaria. En los que la atraviesan, en sus nombres que no conoce, en sus rostros que nunca ha visto... En el polvo de la calle, en la hierba que crece entre las piedras, en las metras de color. En el negrito Eusebio.

¡Sí, Ana Isabel está pensando en el negrito Eusebio!

Las rojas flores, el aroma fragante de la yerbabuena. El mantel tendido, toda la tibia e íntima atmósfera del hogar, se aleja, se pierde en una remota lontananza. La figura del negrito Eusebio crece de pronto, por encima de voces y gestos familiares. Ana Isabel le mira. Mira sus grandes ojos melancólicos de húmedas córneas, su cabeza lanuda, las blancas palmas de sus negras manos. Escucha su voz.

¿De dónde viene el venao?

¡Del cerro quemao!

—Yo no se lo dije mamaíta, yo no se lo dije. Fue ella sola, solita... ¡Yo no se lo dije!

Ana Isabel ha caído de bruces desde la silla, el rostro exangüe, la frente sudorosa. En el patio las avispas dan vueltas en torno a la palma de sagú. El sol tachona de estelas amarillas el mantel tendido...

—¡Yo no se lo dije! Fue ella sola, solita...

La señora Alcántara ha acudido presurosa y toma a Ana Isabel entre sus brazos. ¡Grande, honda pena de niña, acuna entre sus brazos!

—No es nada, mi hijita, no es nada. Toma un sorbo de agua. Estás muy débil. Ha sido una locura mía el dejarte salir fuera tan pronto...

Ana Isabel abre los ojos. Todo lo mira blanco. Un difuso blanco, brumoso, lívido. Una voz canta una canción de mar, con algas y con peces, y caracoles sonoros. Crece el blanco como vapor de agua. Inunda los rincones, se posa leve sobre la azucarera, sobre la humeante taza...

—Vamos a tu cuarto, mi hijita. Vamos...

Caminan lentamente. Los brazos de la madre ciñen el menudo cuerpo con tibio y sosegado calor.

Junto a la mesa, la cabeza entre las manos, Jaime solloza.

EL LAGARTIJO

—Ana Isabel vamos a jugar cuatro matas a la placita.

Ana Isabel se está peinando frente al espejo del escaparate. Ha mojado el cabello y se hace crespos con una verada. Lleva más de media hora frente al espejo tratando de transformar en bucles su pelo sedoso y fino, que cae, en lacias guedejas, sobre los hombros. Hace largo rato que en la plaza ha comenzado el juego. Es la tercera vez que Jaime viene en su busca.

—Pero Ana Isabel ¿qué tanto te peinas? ¡No vas para ninguna fiesta, me parece! Ahora te la pasas peinándote y mirándote al espejo.

Jaime tiene razón. Se la pasa mirándose al espejo. Se hace crespos, se abre la raya a un lado, en el centro, se marca las ondas con las peinetas de su madre, se adorna con lazos...

—¡Vente Ana Isabel, mira que se va a hacer tarde!

—Déjala tranquila, niño. ¿Para qué va a ir? Ya ella está muy grande para dar carreras por esa plaza con tanto muchacho varón. ¡Te vas a volver una mari-macho, Ana Isabel!

Pero Jaime le habla muy quedo para que no se entere la señora Alcántara.

—¡No seas tonta, vente! Mira, ¿tú sabes quién está jugando con nosotros? ¡Pepe! ¡Vente zoqueta!

Pepe ya no usa pollina. Lleva el cabello peinado hacia atrás como los hombres grandes, y no le dice fea a Ana Isabel. Jugando con ella se le había acercado.

—¡Tienes un pelo muy bonito Ana Isabel!

Ana Isabel se había puesto a temblar enrojeciendo hasta la raíz misma de su pelo dorado.

Pepe se quedó mirándola y luego le había pasado la mano, suavemente sobre el cabello.

Aquella tarde, en el cielo, ya no brillaba el sol. Las copas de los árboles se hundían en la sombra. Las campanas habían dejado de sonar y las últimas vibraciones se perdían por la callejuela tras la iglesia.

—Pero ¿qué hacen ahí parados como dos idiotas? ¡Una, dos y tres! ¡Eras tú el gárgaro, Ana Isabel!

Por la calle la gente tampoco le dice fea. Ha crecido y tiene el cutis prensado. Cuando va a la escuela Estefanía no la deja irse sola corriendo como antes.

—Aguárdeme, niña, no se vaya tan adelante...

Se la pasa mirándose al espejo...

—Bueno, yo me voy, no te espero más. Tú ahora nunca quieres jugar.

¡Nunca quiere jugar! Cuando sale a la plaza se queda mirando a los árboles y la torre de la iglesia. ¿Qué le pasa a Ana Isabel? ¿Por qué de pronto le entran deseos de llorar sin motivos? ¿No está contenta? ¿Acaso no le han comprado unos patines de munición como los de Cecilia? ¿Por qué se siente tan sola? Todos los niños en la plaza la llaman siempre a jugar. Allí está su padre que la quiere, su hermanito Jaime que la quiere tanto y hasta le ha regalado un paquete de caramelos el día de su cumpleaños. Allí está su madre que la besa, que por las noches se inclina sobre su cama y la arropa suavemente... ¿Qué le pasa a Ana Isabel? Todo la hace suspirar. Si en la mata de rosa se han abierto los botones. Si la magnolia tiene retoños nuevos... Una mariposa, una hormiga muerta, la hacen estremecer...

—Pero Ana Isabel ¿por qué te quedas con la boca abierta? ¿En qué te la pasas pensando?

Jaime ha dado un portazo al marcharse. Ana Isabel se queda enrollando su cabello en la verada. Decididamente, no le salen los crespos. Se adornará con el lazo rojo. Anudará el cabello junto a la nuca dejando las puntas sueltas, flotando sobre la espalda.

Desde la plaza llegan los gritos y las risas. La tarde es límpida y azul. Por la mañana ha llovido, la yerba se ha esponjado y parece que hubiese crecido. El cielo está lavado. Finas y delicadas nubes coronan los cerros.

—¿Pero todavía estás parada frente al espejo? ¡Niña, te vas a tumbar el pelo de tanto darte! ¡Déjate el cabello quieto, Ana Isabel!

Ya no están jugando cuatro matas. Ana Isabel asomada a la puerta, mira hacia la placita de las flores. Tampoco están allí.

Por el medio de la calle pasa Domitila.

—¡Adiós niña! ¡Guá, qué grande está! Ya va a sé una señorita...

Ana Isabel se ha puesto su vestido rosado. Las mangas, muy cortas, muestran los brazos tostados por el sol. Atraviesa la calle y penetra en la plaza. Todavía no han tocado a la oración. A través del ramaje fino de la ceiba, se mira el cielo, encendido de crepúsculo.

—¡Ven, Ana Isabel! ¡Ven que vamos a quemar un lagartijo!

Jaime apenas puede hablar. Ha llegado corriendo. Las palabras le llenan la boca agitadas y vibrantes.

—Vente, vente...

Ana Isabel camina de prisa arrastrada por Jaime.

—Pero corre tonta, corre...

En cucullas sobre la tierra, están quemando el lagartijo. Pepe dirige las operaciones. Tiene en la mano una caja de fósforos. Han hecho un hueco profundo donde han colocado al lagartijo. Luego lo han llenado de hojas secas y se disponen a hacer fuego. Todos hablan con voz queda. Tienen los ojos brillantes y el rostro encendido. A Pepe le cae el cabello hacia adelante cubriéndole los ojos. Ni siquiera se ha vuelto a mirar a Ana Isabel.

—Ya no se mueve...

—Debe de estar muerto...

Las hojas con el fuego se tuercen y chisporrotean. Hay un olor a resina quemada. El humo espeso y opaco irrita los ojos.

—Agáchate Ana Isabel, para que veas.

Ana Isabel no quiere ensuciar su vestido rosado. Además, tiene miedo de acercarse. ¡Un lagartijo!

—¿Y por qué lo están matando?

—No ves, tú siempre has de salir con una zoquetada. ¡Guá, porque nos da la gana!

Pepe se levanta y sacude la tierra que ha quedado adherida a sus rodillas. Con gesto violento lanza hacia atrás los cabellos.

—¡Qué es Ana Isabel! ¿Como que vas a llorar?

—Pero si es un lagartijo. ¿Acaso es gente, pues?

—Déjala quieta vale, las mujeres son así...

En la mano conserva todavía la caja de fósforos. Enciende uno suavemente, luego otro... Las llamas pequeñas apenas persisten un instante y desaparecen rápidas, apagadas por la brisa.

—Fósforos —dice Pepe agitando la caja en la mano—. ¿A que ninguno de ustedes consigue fósforos?

Está de pie, más alto que todos, mirando a Ana Isabel por encima del hombro. Guarda la caja en el bolsillo, vuelve la espalda bruscamente y se marcha silbando.

—¡El que quiera que me siga! —exclama antes de marcharse.

Todos corren tras de Pepe quien, dando grandes zancadas, ya está cruzando la esquina.

Ana Isabel se ha quedado sola. Ya casi no sale humo. Tan sólo un leve rumor de fuego que se extingue se escucha entre las hojas. Ana Isabel se arrastra por el suelo. Ya no piensa en que habrá de ensuciar su vestido rosado. Allí está el lagartijo. Todavía caliente. Retorcido como hoja, como corteza de árbol. Como retazo de terciopelo semejante a los que guarda su madre en una bolsa y que

Ana Isabel gusta de extender para contemplarlos. Ya no tiene sus lindos colores de cuando corría sobre las piedras. El amarillo, el verde luminoso... Tiene los ojos vacíos. Ana Isabel lo aprieta junto a su pecho. Toca el vientre prensado con la yema de los dedos. ¡Seguro que tendrá tripas y hasta un corazón que palpita como tienen todos los seres del mundo!...

Un silencio de atardecer va colmando la plaza. Hacia abajo pasa el tranvía con las luces encendidas. Dando vueltas a la estatua, una chiquilla va empujando un aro con las manos.

Las campanas cantan roncás y dolientes. Están doblando las campanas porque noviembre es el mes de los muertos. Están doblando las campanas por aquellos que ya han muerto. Muerte de cielo y de luna fría. De estrellas que se desprenden y ruedan y caen y mueren... De las flores sin color. Muerte de tierra y de polvo, de hojas secas... Del humo que muere lentamente. Muerte de la plaza en sombras...

Las campanas están tocando a muerto...

ANA ISABEL SE HA QUEDADO AL OTRO LADO DE LA REJA

Es de noche. En la casa de los Alcántara todo el mundo duerme. ¿Todo el mundo? No. Ana Isabel está despierta. Quiere encender la luz pero teme hacer ruido y entonces llegará su madre:

—¿Qué te pasa Ana Isabel? ¡Siempre has de tener miedo! ¡Duérmete tranquila, niña!

Tendrá que encender la luz. Debe asegurarse de que no es una pesadilla de la cual habrá que despertar luego riendo y suspirando. ¿Por qué se aprieta las manos hasta hacerse daño? ¿Por qué no duerme tranquila narrándose lindas historias de heroínas intrépidas, de bailarinas que bailan con hermosos y redondos brazos alzados y vaporosos trajes de tul? ¿Tiene miedo acaso de los muertos? Ya no le asusta el Carretón de las Ánimas ni la Mula Maniá. El Carretón de las Ánimas que la obligaba a taparse los oídos por todas las carretas que pasaban de madrugada, cargadas de malojo, con su farol amarillo y un carretero tambaleante, con cantos dormidos entre los labios... La Mula Maniá, que la hacía tiritar por cada mula vieja que pasaba renqueando y dando con los cascos sobre las piedras de la calle... Tenía tanto miedo Ana Isabel cuando era pequeñita y Ermenegilda, la manumisa de los Alcántara, le contaba historias de entierros, de aparecidos, de escupitazos a media noche, de

galopar de caballos... Un caballo fantasma que atravesaba el patio y se perdía por el corredor...

Ahora está más grande Ana Isabel, pero siempre tiene miedo de los muertos. De los muertos que se pierden en la noche misteriosa y que no se los ve nunca más. De los muertos que pueden regresar en esa hora de angustia en que la noche también es una muerta que se marcha, pueden regresar y tomarle una mano y apretarla muy quedo entre sus huesos fríos...

Pero no son los muertos quienes hacen temblar a Ana Isabel esta noche...

Tendrá que encender la luz para asegurarse de que es verdad. ¿Se irá ella a morir? ¿Se irá desangrando poco a poco hasta quedarse exangüe? Hasta quedar blanca, tan blanca como los lirios que bajan del cerro por la tardecita sobre los hombros de los arrieros... Blanca como la tiza, como la cal, blanca y fría como la muerte... ¿Será acaso la muerte misma que ha llegado callada?

Pero no es la muerte. Igual le aconteció a Justina y a Cecilia. Y Justina está viva, muy viva, con sus ojos azules y sus manos regordetas y llenas de hoyuelos.

—Ya eres una señorita —le había dicho su madre—. Ahora tienes que tener mucho juicio.

No está muerta Justina. Tiene las piernas torneadas y unos senos pequeñitos apuntan bajo su blusa de colegio. ¿Y Cecilia? A Cecilia la retiraron de la escuela porque al decir de su madre, estaba muy grande para atravesar tantas veces la calle. Así le había pasado a todas y Esperanza Caldera estropeó un día su vestido de piqué. Esa mañana habían interrumpido la clase de Aritmética. La señorita tomó de la mano a Esperanza Caldera que estaba pálida y asustada y todas habían permanecido temerosas, cuchicheando en voz baja.

Lo mismo le había sucedido a todas. Ana Isabel no ignoraba que a ella también le acontecería lo propio algún día. Pero ¿por qué ha de ser hoy, Dios mío? ¿Tendrá que decírselo a su madre! Y ¿si lo sabe su padre? ¿Y su hermanito Jaime?

El cemento está fresco y arden sus pies desnudos.

Las ventanas de la sala están cerradas. Habrá que abrirlas suavemente, sin ruido, para mirar la plaza.

¡Qué sola está la plaza! ¡La placita de la Candelaria! No parece que fuese la misma. Allá están la ceiba, los higuerotes, los bancos vacíos... Allá está la placita de las flores, con sus cuarentonas y sus crotos rojos y amarillos. Desde la ventana apenas si se alcanza a mirar la placita de flores donde Ana Isabel cazaba mariposas en una malla de tarlatán atada a una verada. Más abajo queda la casa de Otilia, pero ya Otilia no vive allí. Su padre se marchó un buen día y la madre de Otilia lo estuvo esperando nueve meses pero nunca regresó. ¿Adónde se iría el padre de Otilia? Tal vez a los Llanos, donde no se encuentran cerros que mirar, donde no hay más que la sabana, sabana y más sabana. Ana Isabel no conoce los Llanos, pero Gregoria le ha contado, porque Gregoria es de Zaraza y son muchas las noches en que tiritita de fiebre... Se fue tal vez a los Llanos y se murió una tarde cuando la sabana estaba toda dorada y las guacharacas dormían con la cabeza bajo el ala.

La madre de Otilia se empleó en una casa de sirvienta y Otilia se escapó una noche con un primo que tenía. Ana Isabel la encontró por la calle con tacones altos y la boca pintada.

Ahora en la casa de Otilia viven unas viejas señoritas solteronas que hacen dulces y los vende Consuelo la isleña. Consuelo pasa siempre a mediodía, con sus faldas almidonadas, su pañolón a cuadros de color, un sombrero pequeño de paja y un rodete muy blanco en lo alto de la cabeza sosteniendo el azafate. Las viejas señoritas parece que fuesen hadas por lo fino y delicado de los dulces. Hacen coquitos acaramelados, atropellada de guanábana, cajitas de huevo y almidoncitos blancos y tostaditos recortados en alfajor. Ana Isabel ha estado allí a comprar dulces y también para llegarse hasta la casa donde vivía Otilia. Desde el zaguán se aspira el olor a guayabas cocidas y el perfume cristalino del caramelo. Florecen aún las buenas tardes y los helechos cuelgan de las viguetas derramando sus finas cabelleras.

Ana Isabel se detiene en el zaguán en espera de los dulces recordando cómo aguardaba a Otilia para cambiar barajitas o irse a patinar... La más vieja de las señoritas es flaca y encorvada y de un hablar empalagoso como la melcocha... La casa tiene un patio pequeño y cuadrado donde la madre de Otilia extendía el café para secarlo antes de tostarlo. Porque la madre de Otilia vendía café tostado y molido en bolsas de papel amarillo. Ana Isabel ayudó muchas veces a mover la paleta de madera sobre el caldero humeante y había salido con los ojos enrojecidos y un ardor en la garganta. La antesala y la galería, ambas pequeñas, dan al patio y aún le parece que va a salir Otilia por una de las puertas con sus ojos oscuros y su cara morena.

La vieja señorita trae los dulces envueltos en un papel blanco y esponjado. Ana Isabel compra una papita con su clavo de especie y cajitas de huevos muy abombados en su nicho de papel. Porque son finos y delicados los dulces que hacen las viejas solteronas. No son como la granjería de Rosario, la mamá de Pepe, que éste vendía por las tardes en la plaza. Ya Rosario no hace granjerías porque Pepe es ahora dependiente de la bodega de Los Desamparados, una bodega nueva que han abierto hace poco, con sus botellas de etiquetas doradas muy alineadas, sus potes de conserva y grandes sacos llenos de granos recostados en las puertas. Ana Isabel camina despacio al pasar por allí, pero Estefanía no la deja entrar como ella quisiera.

—¡Pa qué va a dentrá, niña! ¡Pa'escuchá cosas feas y mirá hombres mareaos!

Ana Isabel detiene el paso y coge un puñado de frijoles mientras Pepe hace muecas y le guiña los ojos.

Desde la ventana no se divisa la calle de abajo porque es de noche y aún no tiene luz. Por allí subían Perico y Carmencita cuando iban a la plaza a jugar ladrón y policía.

Ana Isabel los esperaba acostada en la hierba llena de cadillos, cazando taritas que saltaban ligeras. Perico está ya grande y ayuda a su padre en el negocio. Se pasa los días cargando sacos de carbón y tocando a las puertas con manos

tizadas. Por la noche va a la escuela nocturna. Ya sabe leer y está estudiando la tabla de multiplicar.

Ana Isabel se agarra a los balaustres con sus manos que tiemblan. Están fríos y húmedos de noche, una noche perfumada de diciembre. Ya debe ser muy tarde porque una tenue y difusa luz, una luz azulada, blanquecina comienza a posarse sobre las copas de los árboles. La torre de la iglesia se destaca inmóvil. Las campanas están quietas. Pronto echarán a volar su canto más claro. Es el mes de diciembre. El mes de las misas de aguinaldo, de los villancicos que cantan a coro delgadas voces de niños. Pronto abrirán las puertas de la iglesia y se escuchará el primer toque llamando a misa. Viejas envueltas en negros y sucios pañolones atravesarán la plaza calosfriada de neblina y habrá muchachos que patinan por la calle de abajo a la que no hace mucho le han echado macadam. El ruido de los patines, llegará hasta la ventana donde está asomada Ana Isabel, como el rumor lejano de un río que corre sin cesar.

Todavía no han echado macadam a la calle de Ana Isabel, ni a la calle pequeña que está detrás de la iglesia. Están aún las piedras sobre las que Ana Isabel se acostaba a escuchar los martillazos de Francisco. Pero Francisco ya no está allí. Se murió una mañana en que llovía y las piedras estaban sumergidas bajo el agua amarilla y espesa de greda. Murió de una continuación que no se le quiso quitar, a pesar del pazote y el borrajón que Estefanía había recogido para él en la quebrada. No tenía mujer ni hijos, Francisco, ni hermanos tampoco. No se le conocía ningún pariente, pero lo habían llevado en hombros hasta el cementerio. El zaguán permanecía abierto como cuando Francisco golpeteaba con la boca llena de tachuelas. Llovía y la gente se guarecía en la sala pequeña donde yacía Francisco tendido. Allí estaban Domitila y Amelia y Concha, la que hace cachapas y la tía de Eladio, que no sale nunca, con su cara dura, picada de viruelas.

Ruperto el carbonero había llevado a Perico y Carmencita. Carmencita vestida de negro, sentada en un rincón sobre un taburete desvencijado. Pepe había traído ron de la bodega y los hombres habían lanzado palabrotas es-

cupiendo por el colmillo. Las mujeres hablaban de emplastos y de hierbas y de Francisco, que no se había curado, tal vez por algún daño que le habían echado...

El cuerpo de Francisco pesaba muy poco sobre los hombros de quienes lo llevaban. ¡Había pesado tan poco su oscura y humilde vida de zapatero remendón! Por la calle iban despacito, arrastrando los pies, como en las procesiones... Ana Isabel los había seguido con los ojos hasta que cruzaron la esquina.

Las campanas están llamando a misa de aguinaldos. Ana Isabel continúa asomada a la ventana mirando la plaza. ¡Cómo quisiera irse, escaparse, dejar la casa de los Alcántara y perderse a través de la plaza! Escaparse por la ventana como cuando pequeña jugaba al escondite. ¡Sí que le gustaba jugar al escondite! Siempre llena de temores y de angustias con las manos frías y el corazón golpeando fuerte dentro del pecho. Se escondía en el ropero del rincón, tras la cortina floreada. Se acurrucaba callada en el ángulo oscuro junto al paltó de su padre y la gorra de seda del abuelito. La cortina pegada a su rostro exhalaba un olor a polvo viejo y guardado. Se escondía en el escaparate de espejo. Su madre la ayudaba a subir y luego cerraba suavemente las hojas que crujían. Se hacía de noche en el escaparate y Ana Isabel sólo escuchaba el palpitir de su corazón. Permanecía inmóvil cuidando de no tropezar con las cajas de cartón que se encontraban en el piso del escaparate, y la caja de hojalata, la cajita de galletas de María, que tenía pintada en la tapa una muchacha aldeana con el delantal lleno de manzanas redondas y rojas, la caja de galletas donde su madre guardaba los hilos y las agujas...

Ana Isabel se hacía un ovillo junto a la ropa de su madre, junto al traje negro que su madre vestía para dar el pésame, o llevaba muchos días cuando había muerto algún tío de su padre que Ana Isabel nunca conociera. Allí estaban el traje gris y el de pepitas, que le quedaba tan bien a su madre, ¡parecía más joven y alegre con aquel traje claro! Ana Isabel se los sabía de memoria los trajes de su madre. Viejos trajes recosidos mil y mil veces. Renovados cada año, ya con un cuello, ya con un lazo o recortándole las mangas. Trajes volteados del

revés, a los que se le sueltan las costuras y se les añade una pieza cuadrada de tela nueva, para que parezcan otros... Viejos trajes de su madre que guardaban su perfume y su forma, y eran un poco, mucho de ella, allí colgados inmóviles y vacíos. Ana Isabel aspiraba en ellos el perfume de su madre. El perfume de sus manos, de sus dedos finos, de su pelo canoso, de su sonrisa tierna...

¡Perfume de su madre tejido con cantos de cuna y mansas palabras! ¡Viejo perfume de su madre que ha estado junto a ella desde antes, desde siempre, desde que no sabía que ella se llamaba Ana Isabel!

Dentro del escaparate las voces resonaban lejanas como a sordina y Ana Isabel temblaba al escuchar los pasos de Jaime, cuando éste abría las puertas gritando:

—¡Tan zoqueta, ya sabía yo que estabas escondida en el escaparate! ¡Siempre has de esconderte donde mismo, Ana Isabel!

Pero su mayor placer era esconderse en la ventana de la sala... Se sentaba en el alféizar, deslizaba los pies por entre las rejas, en tanto su madre cerraba por dentro la ventana, mientras sus piernas colgaban hacia la calle. Con los tacones de los zapatos raspaba la pared encalada y el suelo se llenaba de migas blancas como de pan. Era por la tarde a la hora en que la plaza estaba casi siempre sola.

Ana Isabel se estaba largo rato raspando la pared con las piernas colgando y de pronto se escurría por entre los balaustres y echaba a correr por la plaza. Allí la encontraba Jaime escondida tras el jabillo arrancándole las espinas.

—¡Eso no se vale, venirse para la plaza! ¡Eso es trampa, Ana Isabel!

Las campanas continuaban repicando alegremente para la misa de aguinaldos. De los cerros baja ahora una luz rosada, como de agua. Ya comienzan a distinguirse las ramas de los árboles. Ana Isabel está de pie mirando siempre a la plaza.

Podría escaparse como cuando jugaba al escondite. ¡Deslizarse por entre los balaustres y dejar la casa, la casa de los Alcántara, presa entre rejas, mientras ella corre libre, llena del frío de la madrugada! Podría escaparse como cuando

pequeña y llegar a la quebrada, subir a la sabana y perderse entre la paja alta, entre las flores amarillas...

Podría escaparse como cuando pequeña...

Pero sus hombros están anchos y le impiden escaparse a través de la reja. Como Justina, ella también tiene unos senos pequeñitos que se adivinan bajo la tela delgada. Ya no son flacas sus piernas y una leve y hermosa curva se insinúa a lo largo de sus caderas... ¡Su cuerpo, su cuerpo de mujer contenido por las rejas! ¡Su cuerpo que ha de quedarse muy quieto, prisionero, en la casa de los Alcántara! ¡Ya no podrá correr por la plaza, ni subirse al tejado, ni trepar a lo alto de las matas de mango! Sus piernas no saltarán de un brinco la quebrada sobre las piedras musgosas. En la sabana su papagallo con lunas y con estrellas, con su puntilla brillante, desafiante, no silbará junto a los otros su canto más joven, cruzando el cielo, quebrando sus alas contra las nubes. Ya no mirará los pájaros y las flores con sus límpidos ojos de niña. Cuando atravesase el patio donde las hormigas marchan en fila, afanosas y apresuradas, Ana Isabel tal vez estará pensando en la congoja de la vida, en la congoja del amor, y sin saberlo aplastará las hormigas con los pies...

El mundo de su infancia, con sus ríos, sus montes, sus nubes, ¡nubes que eran barcos!, ¡el blanco barco de Simbad el marino! El mundo de su infancia se queda allí, bajo la ceiba, bajo los higuerotes, a la sombra fresca de los jabillos, junto a los bancos descalabrados...

El sol comienza a calentar. De lo alto de los árboles bajan los pájaros y revolotean por sobre la hierba. Tras de la reja está la plaza. Ana Isabel se ha quedado al otro lado de la reja...

Unos chiquillos que no son Perico, ni Carmencita, ni Eladio, ni Pepe el monaguillo, ni el negrito Eusebio. ¡El negrito Eusebio para quien Ana Isabel soñó un escudo muy hermoso con un potro de cola levantada! Unos chiquillos corren gritando por la plaza.

—¡Gárgaro, gárgaro malojo que te pica el ojo!

Chiquillos con trajes raídos, con alpargatas rotas. Tal vez, alguna niña de-

cente como Ana Isabel, jugará, trenzando con ellos su mano pequeña. Jugarán a Doñana o al Arroz con leche:

Arroz con leche me quiero casar
con una viudita de la capital...

Ana Isabel no puede mirarlos. Está de pie con los ojos abiertos, junto a la ventana, pero no puede mirarlos. Un velo de lluvia, menuda lluvia de lágrimas, los envuelve, los aleja. Las voces llegan distantes, húmedas de la impalpable lluvia.

Los tordos y los gonzalitos picotean insectos entre la hojarasca.

De la copa de la ceiba caen lentos, blancos copos como de nieve, nieve de recuerdos y de nostalgias. Tras la fina lluvia de las lágrimas, tras la reja, Ana Isabel los mira caer...



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-000-1

Depósito Legal

DC2021001191

Caracas, Venezuela, Septiembre de 2021

La presente edición de
ANA ISABEL, UNA NIÑA DECENTE
se realizó
durante el mes
de septiembre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Ana Isabel, una niña decente Publicada en 1949, tuvo muy buena acogida, y con el tiempo se convirtió en un clásico de la literatura venezolana. Se trata de una novela de crecimiento. Del hallazgo de su propia interioridad por parte de una niña de ocho años que vive el difícil tránsito de la infancia a la adolescencia. En ese trayecto, lleno de dudas, temores y confusiones, la protagonista adquirirá una sólida formación a través de la madre, pero también afirmará su individualidad al mostrarse cada vez más independiente de aquella. Por los ojos de Ana Isabel vemos el mundo de una Caracas pueblerina que se anima con el Carnaval, los disfraces y los bailes al aire libre; donde tañen las campanas de las misas de gallos y la Primera Comunión es un acontecimiento. Una ciudad que, en la experiencia de esta niña inquieta y reflexiva, pareciera tener el tamaño de la plaza donde ella ha crecido y ha visto vivir a sus seres queridos, a sus amigas y amigos y a los de su familia. Y a medida que pasa el tiempo, su conciencia se va haciendo más lúcida: ve la crudeza y las injusticias de la vida, los enredos de los adultos y se da cuenta de que no solo ha crecido sino de que hay cosas que van quedando atrás. Es una novela sobre la infancia, sobre el paraíso perdido y la constitución de un “yo”.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

